

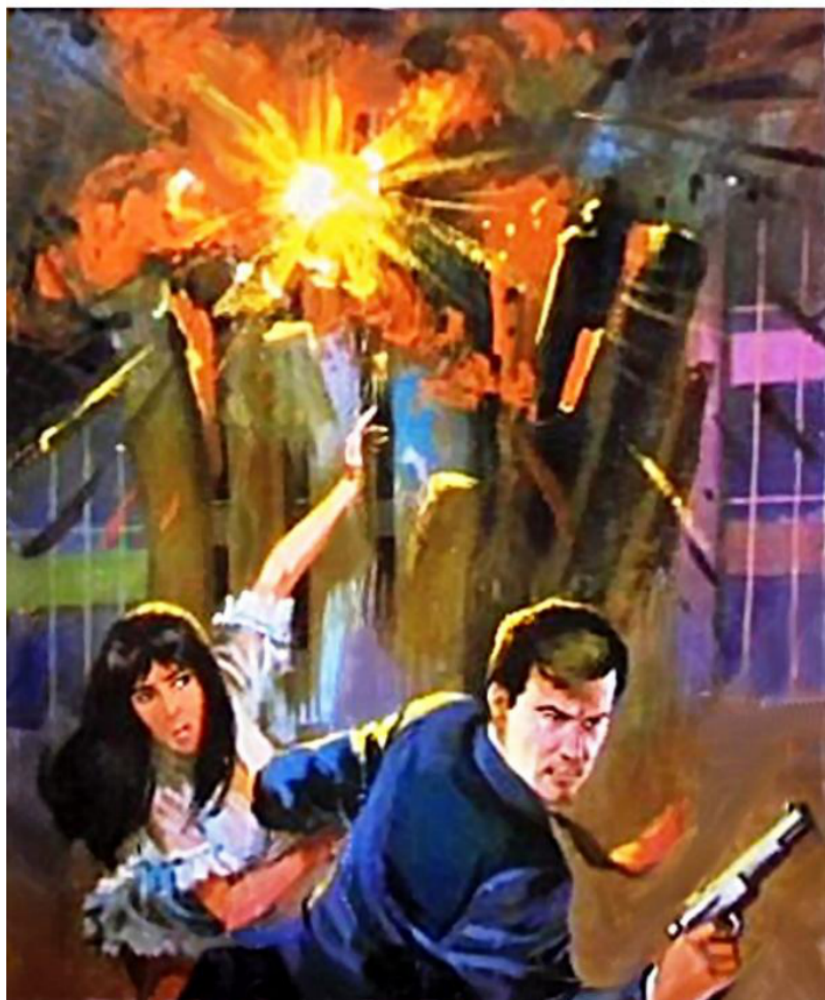
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

encaje y asesinato

burton hare



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



BURTON HARE

ENCAJE Y ASESINATO

Colección PUNTO ROJO n.º 473

Publicación semanal

Aparece los SÁBADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal B 12.204 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1971

**© BURTON HARE - 1971
*sobre la parte literaria***

**© TRIAY - 1971
*sobre la cubierta***

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.073. - La vuelta del Exterminador.

En Colección PUNTO ROJO:

471. - Estigma de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

Los pasajeros del gigantesco avión transoceánico se alinearon en la Aduana. El tumulto inicial de los encuentros con los que habían esperado la llegada de familiares o amigos se había calmado un tanto y ahora sólo se escuchaba el rumoreo de las conversaciones.

Los trámites aduaneros fueron pronto dejados atrás. La gente se encaminó a los coches que esperaban, o al mastodóntico autocar de la compañía aérea.

Jan Vauvil se rezagó dejando que la confusión se calmara lo suficiente para cazar un taxi sin demasiadas dificultades. No le gustaban las apreturas ni los codazos.

Llevaba una pequeña maleta nueva, que dejó en el suelo el tiempo de sacar del bolsillo un paquete de *Gauloises*. Encendió un cigarrillo mientras el autocar se ponía en marcha.

Volvió a levantar la maleta. Un taxista se materializó a su lado.

—¿Taxi, amigo?

—¿Qué?

—Taxi... ¿No entiende el inglés?

—Seguro, aunque con alguna dificultad.

Echó a andar junto al chófer hasta el coche. El taxi era un «Cadillac» amarillo y azul. Arrojó la maleta sobre el asiento delantero mientras el chófer daba la vuelta al coche.

En aquel instante un hombre llegó junto a Jan y murmuró:

—Usted es Jan Vauvil, ¿no es cierto?

—Sí.

—Muy bien, entre ahí.

Antes que pudiera replicar, el cañón de una pistola se hundió en su costado dolorosamente.

—¿Qué demonios significa esto? —bufó el francés.

—No discuta si quiere seguir respirando. ¡Suba al coche!

El chófer había puesto el motor en marcha y aguardaba, tenso.

Vauvil masculló una sarta de insultos en su idioma, pero la presión del arma no admitía réplica, de modo que se deslizó al asiento trasero del taxi con el pistolero pegado a él.

El auto se puso en marcha al instante.

Jan Vauvil no demostró demasiado temor, más bien estaba furioso.

—Si creen que alguien va a pagar un rescate por mí, es mejor que dejen de soñar de una vez —dijo con su inglés pintoresco.

—Tú no vales más allá de unos centavos —refunfuñó el hombre de la pistola—. Pero alguien quiere tenerte a buen recaudo, así que cierra la boca y no alborotes.

—Ese alguien debe estar chiflado. ¿Para qué quiere un turista francés?

—Quizá colecciona mariposas y se aburre. Y ahora cierra el pico.

—¡Maldita sea! Quiero saber qué va a pasar cuando lleguemos a destino, además de...

El pistolero gruñó algo entre dientes. Levantó la pistola y descargó un brutal culatazo al francés que cerró definitivamente la discusión.

Jan Vauvil no emitió ni una queja, desplomándose de lado igual que un muñeco. El pistolero comentó:

—Me cansaba con tanta charla. Así es mejor.

—Échalo sobre la alfombra para que no sea tan fácil que alguien le vea...

Lo empujó y el cuerpo inerte cayó al suelo. El pistolero se recostó en el asiento y estiró los pies buscando una postura cómoda.

Desde el muelle se distinguía una vista magnífica del Golden Gate, llameante de luces, extendiéndose por encima de la bahía. Desde la cubierta del buque, Johnny Moran le dedicó un apreciativo vistazo. Durante muchos meses había soñado con ese momento, y en no pocas ocasiones había tenido la certidumbre de que no volvería a ver jamás su añorado San Francisco.

Sin embargo, ahí estaba.

Extendió la mirada hacia la pasarela por la que descendía una riada humana hacia el brillante edificio aduanero.

En sus oídos, el agudo rumoreo de los gritos, los saludos de los que se encontraban después de la larga separación, las voces de los

maleteros, y el sordo murmullo de las máquinas semejaban música casi armónica después de una eternidad de escuchar solamente el retumbar de las metralletas y el rugido ensordecedor de los morteros y cañones.

Un oficial del barco se aproximó a la borda, acodándose a su lado.

—¿No piensa usted desembarcar, Moran? —preguntó con ironía.

—Seguro, pero cuando termine ese embrollo ahí abajo.

—¿No tiene a nadie esperándole?

—Sí, pero no en el muelle. En realidad, no sabe que llego hoy.

—¿Una chica?

Johnny sonrió a la oscuridad.

—Y qué chica, amigo —murmuró—. Espero que no haya envejecido demasiado en todo ese tiempo. Tenía veinte años cuando me marché.

—Entonces debe estar convertida en una anciana —rió el oficial.

—Voy a darle la mayor sorpresa de su vida.

—De eso no me cabe duda. ¿Vive en San Francisco?

—Sí.

—Buena suerte, Moran. Siempre es bueno regresar a casa.

Se estrecharon las manos y el oficial se alejó de vuelta a sus obligaciones.

Al fin, Johnny tomó la pequeña valija destartada que tenía a sus pies y se dirigió a la pasarela. Apenas si quedaban ya unos pocos viajeros en la Aduana.

Se alineó tras ellos, aspirando con deleite el aire salobre de la bahía que, en cierta forma, era el aire del hogar. De un hogar que aún no estaba formado, pero que no tardaría mucho en tener.

Pasó los trámites sin dificultad y se dirigió a la salida del edificio. No advirtió al hombre que había permanecido acodado cerca del puesto de Aduana, escuchando los nombres de los viajeros, y que en aquel instante echó a andar tras él perezosamente.

Johnny salió al exterior. Se detuvo, aturdido a su pesar ante la grandiosidad de los muelles y de la ciudad extendiéndose más allá.

Los taxis formaban una fila que avanzaba despacio a medida que la gente iba ocupando los de cabeza. Esperó, aunque se sorprendió de pronto al darse cuenta de que la ansiedad por llegar a destino se

había despertado y tenía mucha prisa por sentir entre sus brazos el cuerpo de Sheila.

Finalmente alcanzó un taxi y se acomodó en el asiento dejando la maleta sobre la alfombrilla. Dio la dirección de un hotel que recordaba y suspiró.

El taxi se puso en movimiento. Al mismo tiempo, un sedán negro que permaneciera estacionado al otro lado de la plazoleta emprendió la marcha siguiéndolo de muy cerca.

El taxista ladeó la cabeza.

—¿Viene usted de muy lejos, amigo? —indagó.

—Sí... de Vietnam.

—¡Diablo! Aquello parece que está muy mal, ¿eh?

—Peor. Es un infierno.

—¿Licenciado?

—Sí, al fin se acordaron de soltarme.

—Es una guerra absurda. ¿No cree?

—Eso es decir poco.

—¿Estaba usted en infantería o en marines?

Johnny titubeó unos instantes. Hay cosas que resulta muy difícil de explicar, así que optó por la solución más sencilla.

—Infantería —dijo.

—Mal asunto. Me pregunto sí... ¡Eh! ¿Qué hace ese loco?

El taxi dio un violento bandazo cuando el gran sedán apareció a su lado y le cerró el paso. Los frenos chillaron endiabladamente mientras el chófer luchaba para evitar ser empujado fuera de la carretera.

Al fin el taxi se detuvo con un rechinar de frenos y muelles. El otro vehículo había quedado atravesado frente a él, cerrándole el paso.

Confusamente, Johnny vio apear-se dos hombres del coche negro. Los dos corrieron hacia el taxi, mientras el chófer, maldiciendo en todos los tonos abría la portezuela belicosamente.

Los dos desconocidos llegaron en un instante. Uno de ellos se detuvo junto a la portezuela abierta del conductor. El otro se inclinó sobre la ventanilla trasera.

—¿Qué infiernos...?

La voz del chófer se extinguió cuando una pistola le golpeó ferozmente en la cara, arrojándole sobre el asiento.

Johnny vio el largo cañón de un silenciador asomar por la ventanilla, mientras una voz ruda ordenaba:

—Abajo y nada de tonterías, Moran.

—El hecho de que sepan mi nombre indica que no se trata de una equivocación...

—Nada de equivocaciones. Venimos por usted. Va a dar un paseo con nosotros porque hay alguien que quiere verle.

—Para eso bastaba con una simple invitación.

—¡Ya basta de cháchara! Abajo o le ocurrirá lo mismo que al chófer.

Se apeó, siempre bajo la amenaza de la gran pistola automática.

El otro asaltante gruñó:

—Estamos perdiendo mucho tiempo...

Le empujaron hacia el sedán, que entretanto había maniobrado para no llamar la atención. Pasaron algunos coches lanzados a toda velocidad, pero ninguno se detuvo.

El pesado vehículo se puso en marcha. Johnny advirtió que el segundo pistolero había traído su vieja maleta. Recostándose en el asiento gruñó:

—Esperaba regresar como un héroe, pero jamás imaginé un recibimiento tan entusiasta como éste. ¿Quién es el que quiere verme?

A su lado se había sentado uno de sus raptos. El segundo estaba en el asiento delantero, junto al chófer.

El de su lado refunfuñó:

—Cierre el pico y todo irá bien. ¿Sí?

—Bueno, pero me gustaría mucho saber qué infiernos significa todo esto.

El del asiento delantero gruñó sin volver la cabeza:

—Atízale si vuelve a abrir la boca.

—Ya lo ha oído, compañero.

Al mismo tiempo, el largo cañón de la pistola equipada con silenciador se hundió en su costado recordándole su letal amenaza.

Moran se encogió de hombros, aparentemente resignado. Sin embargo, su mente trabajaba metódicamente en busca de una salida a tan absurdo atolladero.

Ni remotamente podía sospechar qué querían de él, de un recién licenciado de Vietnam, ausente de la ciudad desde casi dos años

antes...

Se recostó confortablemente en el respaldo y se entretuvo viendo desfilar las luces de los barrios extremos de San Francisco, mientras el coche avanzaba rumbo a Oakland. Pensó en intentar una escapatoria cuando el auto entrara en el puente, pero se convenció de que allí sería imposible porque iría a muy poca velocidad y los pistoleros podrían luchar todos contra él, o por lo menos dos de ellos.

Además, si alguien intervenía al advertir el alboroto podría resultar muerto.

Su actitud confió al pistolero, que apartó un poco la pistola de su costado. Johnny atisbo por la ventanilla viendo que faltaba muy poco ya para llegar a la entrada del puente.

Al acercarse a Furton Street, el sedán redujo un poco la velocidad, dobló a la izquierda y aceleró otra vez. Esa maniobra obligó al pistolero a separarse todavía más de su víctima.

Instantáneamente, Johnny disparó la mano derecha de arriba abajo como un hacha. Fue un movimiento centelleante que pilló de sorpresa al rufián.

El borde de la mano se estrelló contra la muñeca armada. Sonó un seco chasquido y un alarido, todo a un tiempo, pero ambos sonidos fueron ahogados por el apagado chapotear de la pistola cuando se disparó en un movimiento reflejo de la inútil mano. La bala se hundió en el respaldo del asiento delantero mientras el pistolero se doblaba rugiendo de dolor por su muñeca rota.

Johnny sujetó los cabellos del segundo enemigo, tirando salvajemente la cabeza hacia atrás. El tipo chilló mientras trataba de doblar el brazo armado.

Nunca supo qué le sucedía porque un brutal mazazo en mitad de su rostro le sumió en la negra sima, de la muerte y se deslizó fuera del asiento ante el aterrado estupor del chófer, que frenó violentamente para intervenir en la palestra.

El primer rufián olvidó su muñeca lacerada y realizó un desesperado intento contra el que debiera haber sido su víctima. Nunca lo consiguió porque un puño como una roca pegó entre sus ojos y aquel puño era duro como un martillo, de manera que el golpe tuvo la virtud de borrar de su mente toda idea de lucha.

En realidad, ya no sintió siquiera el dolor de su muñeca rota y se

desplomó hacia atrás igual que un fardo.

—¡Sigue despacio y no vuelvas la cabeza, compañero! —ordenó Johnny al conductor—. ¡Vamos, sigue!

El coche ganó velocidad otra vez. Moran tanteó en busca de la pistola y la empuñó, maravillándose del equilibrio de aquella arma extraordinaria lastrada por el monstruoso silenciador de un modelo que no conocía.

Con el largo cilindro acarició la nuca del chófer.

—Busca una calle lateral y para el coche —dijo suavemente—. No me libré de los feroces guerrilleros de Vietnam para caer en manos de una pandilla de aficionados en mi propia tierra...

—¿Qué piensa hacer con esa pistola? —balbuceó el rufián.

—No lo sé todavía. Quizá te vuele la cabeza, o sólo te rompa un hueso.

El chófer dobló una esquina y el coche se internó despacio por un callejón oscuro, de dirección única. Había varios coches aparcados a lo largo de la acera de la derecha.

—Busca un lugar donde aparcar el coche y cierra el motor. Estoy tentado de darle gusto al dedo, compañero.

—No sacaré nada con matarme...

—Eso es algo que no me preocupa... Durante años he matado del modo más absurdo, sin pensar conseguir nada tampoco a cambio, así que la cosa no significará ninguna diferencia para mí.

Al fin el coche quedó estacionado debidamente. El conductor no pudo contener un suspiro angustiado cuando el cañón volvió a hurgar entre sus cabellos.

Johnny dijo:

—Ahora veamos qué me dices de todo esto. ¿Dónde debías llevarme?

—Más allá de Oakland.

—Concreta eso.

—Ruters, dos, siete, cinco.

—¿Quién vive en esa dirección?

—No lo sé.

Sin previo aviso, Johnny le golpeó la nuca con la pistola. El tipo gimió y cayó sobre el volante, estremeciéndose.

—¿Quién vive ahí, amigo? —insistió Johnny con voz tranquila.

—¡Maldito sea! No lo sé. Me pagaron para conducir el coche, eso

es cuanto sé.

—Trata de inventar algo mejor o...

—¡Le juro que es cierto! Baxter me dijo que podía ganarme quinientos dólares sólo con que estuviera a cargo del volante durante la operación. Eso es todo lo que me dijeron... y ni siquiera me han pagado aún.

—Mucho me temo que te quedes sin cobrar, compañero. ¿Quién es Baxter?

—Éste.

Señaló al hombre derribado junto a él.

—¿Cómo se llama el otro?

—Royle.

—¿Y tú?

—Durance.

—Muy bien, empecemos otra vez.

—¡Pero si no sé nada! Ellos me contrataron, eso es todo.

—Hagámoslo de otro modo. ¿Para quién trabajan tus amigos?

—No lo sé. Hacía más de un año que no veía a ninguno de los dos.

—Tal vez sea cierto. Despierta a Baxter y veamos si él es más comunicativo. Pero antes te advierto que si intentas siquiera tocar un arma te mato sin pensarlo dos veces.

—Está bien...

Se inclinó sobre su inconsciente compañero y le levantó la cabeza. No pudo contener una exclamación de horror al ver su cara aplastada.

—¿Con qué demonios le pegó? —dijo en un murmullo—. Baxter está muerto...

—Le di demasiado duro... mala suerte.

El chófer se enderezó y casi con el mismo movimiento consiguió abrir la portezuela y saltar fuera del coche. Johnny soltó un juramento y un tiro, todo al mismo tiempo.

El juramento no le sirvió de nada, pero el tiro sí. La bala empujó al fugitivo pistolero y lo derribó dando tumbos en la oscuridad.

Se apeó para asegurarse de que estaba muerto.

Entonces alguien gritó más allá de las sombras. Una voz seca y autoritaria. Tras la voz sonó un silbato y Moran ya no perdió más tiempo. Tomó la pequeña maleta y echó a correr hacia el fondo de

aquel pozo de sombras que era el callejón.

Tras él, el silbato escandalizó un poco más y luego calló, pero se oían pasos precipitados...

Dobló una esquina tan oscura como la que dejaba atrás y dejó de correr. Estuvo andando más de treinta minutos, con la valija en la mano y el peso de la gran pistola automática en el bolsillo, disimulada con la mano derecha.

Cansado, y casi tan intrigado como cansado, descubrió la muestra luminosa de un hotel de mal aspecto. Se detuvo, abrió la maleta y guardó la pistola en ella. Tras esto entró en el hotel sacando al recepcionista de su profundo sueño.

Había sido una vuelta al hogar mucho más excitante de lo que pudo haber imaginado nunca.

CAPÍTULO II

Despertó con las primeras luces del alba. Las costumbres adquiridas durante años, de desafiar a la muerte, habían dejado profunda huella en él.

A través de las cortinas que cubrían la ventana penetraba la lechosa claridad del amanecer. Estuvo un buen rato tumbado de cara al techo, inmóvil, pensando en los sucesos de la noche.

Encendió un cigarrillo y continuó quieto, esperando que se deslizase el tiempo para llamar a la mujer que lo había sido todo para él durante la larga pesadilla de Vietnam, el nexo de unión, de esperanza y de ansias de vivir que había impedido que se volviera loco ante los espantosos horrores vividos detrás de las líneas enemigas.

Al fin se decidió a telefonear. Ni siquiera tuvo que consultar el número, puesto que lo había mantenido grabado a fuego en su mente.

El timbre, en el otro extremo de la línea, llamó largamente antes que alguien descolgara el auricular. Una voz suave y adormecida todavía preguntó:

—¿Quién...?

—¿Sheila?

—Sí, hable.

—Aquí Johnny.

—¿Qué? ¡Johnny!

Fue casi un alarido que repercutió en sus oídos a través del aparato. Después, antes que pudiera replicar, la voz de la muchacha dejó escapar un torrente de exclamaciones de alegría, y luego las exclamaciones se interrumpieron bruscamente y sólo quedó un llanto claramente audible.

Dominando su voz a duras penas, Johnny murmuró:

—Cálmate, querida...

—Tú... maldito seas... debiste decirme que llegabas en lugar de...

—Ahora te lo he dicho. Voy a ir a verte dentro de cinco minutos. ¿Está bien?

—Sí... ¡Oh, sí, Johnny!

—Entonces, hasta ahora, mi amor. Soñé tantas veces en este momento que ahora me parece increíble que haya llegado.

—Yo también soñé con verte aparecer por mi puerta.

—Puedes empezar a abrirla porque ya estoy ahí...

Colgó y acabó de vestirse apresuradamente. Había olvidado por completo el intento de rapto de la noche anterior y todo cuanto no fuera aquella mujer adorable que aguardaba como había esperado su regreso durante tanto tiempo.

Salió del hotel, prometiéndose a sí mismo cambiar a uno mejor ese mismo día. Un taxi providencial apareció en una esquina y lo tomó, dándole la dirección de la muchacha.

El tráfico era relativamente escaso todavía, de modo que el chófer podía sacarle una buena velocidad a su vehículo.

Por las ventanillas, Johnny contemplaba el desfile de gentes en las aceras, el lujo de los escaparates y las fachadas de unos edificios que se habían borrado de sus recuerdos y que ahora volvían a ellos con fuerza inusitada.

No salió de su abstracción hasta oír la disgustada exclamación del taxista.

—¿Qué ocurre? —Gruñó, recordando inesperadamente los sucesos de la noche pasada.

—Mire...

Había un confuso amontonamiento de vehículos cerrando la calle. Un autobús había casi aplastado un coche gris y entre los dos obstruían el tráfico por completo.

—Retroceda y vayamos por otra calle —refunfuñó.

—¿Sí? Eche un vistazo ahí atrás, amigo.

Era cierto. Otros coches se habían detenido impidiéndoles retroceder.

Impaciente, Johnny maldijo entre dientes. Pagó lo que señalaba el taxímetro y apeándose echó a andar apresuradamente sorteando los autos y peatones curiosos que llenaban la calle de un lado a otro.

Tardó más de quince minutos en conseguir otro taxi, y para cuando el vehículo entró en la calle donde vivía la muchacha, había pasado mucho más tiempo del que imaginara al salir del hotel.

Era un *bungalow* de aspecto alegre y confortable. Sin apenas darse cuenta advirtió que las paredes habían sido pintadas de nuevo durante su ausencia.

También se extasió ante la paz de la calle residencial bordeada de jardines. Tras esto y mientras el taxi se alejaba, entró en el jardín de la casa que había albergado su sueño durante años y pisando el suave césped llegó a la puerta.

Notó que su corazón latía desacompadadamente cuando oprimió el pulsador del timbre. Un carillón sonó claramente en el interior. Tan claramente que su sonido armonioso le reveló que la puerta no estaba cerrada del todo, sino que mostraba una abertura casi de una pulgada.

Sonrió. Ella le esperaba.

Empujó la puerta y se deslizó dentro del vestíbulo. Nada había cambiado allí. Los mismos cuadros en las paredes, los muebles de alegre diseño y la espesa alfombra azul...

—¿Sheila? —murmuró.

No hubo respuesta. Sonriendo, se internó por la casa dejando que cada detalle que aparecía ante su mirada le provocara un raudal de viejos recuerdos de un pasado que jamás logró olvidar.

La muchacha no estaba en ninguna parte. Plantado ante la puerta del dormitorio, Johnny esperó unos segundos a que su excitación se calmara y entonces llamó quedamente con los nudillos.

—Deja ya de jugar al escondite, querida —dijo—. ¿Puedo entrar?

Tampoco le respondió. Intrigado, giró el tirador y abrió la puerta.

El dormitorio, exquisitamente femenino, estaba saturado de un turbador aroma, cálido y sensual.

Pero de Sheila no había el menor rastro.

Era increíble. Debiera haber estado esperándole...

Entró. La presencia de la muchacha estaba allí, en el perfume indefinido que flotaba en el aire, en las revueltas ropas de la cama y en el vaporoso camisón que estaba tirado sobre la colcha blanca.

Durante unos instantes, el excombatiente de mil batallas sórdidas y sangrientas estuvo plantado en mitad de la alcoba como una estatua. Después avanzó y fue al hacerlo que descubrió el papel doblado sobre la mesita de luz.

Suspiró. Tomándolo, lo desdobló viendo el corto mensaje.

Sintió un frío de muerte en todas las fibras de su cuerpo al leer aquellos apresurados renglones. Una sacudida salvaje que atirantó hasta el último de sus músculos y le llenó de un furor sordo e implacable.

«Si quiere volver a ver viva a Sheila Gale, no haga nada, sólo espere aquí una llamada telefónica. Si llama a la policía ella morirá».

Eso era todo. Otro episodio tan absurdo como el intento de secuestro de que él mismo fuera víctima la noche anterior.

Comprendió que la habían raptado muy poco tiempo antes. De no haber mediado el fortuito retraso durante el camino quizá hubiera llegado a tiempo de impedirlo.

Sintió la inutilidad de su furia impotente. No podía hacer otra cosa que seguir las instrucciones de la nota quedándose quieto, esperando junto al teléfono.

Se instaló en la salita y encendió un cigarrillo, hundido en una confortable butaca. La inquietud le dominaba ahuyentando la ira y el odio, un odio ciego puesto que no sabía contra quién debía dirigirlo.

Pasó más de una hora antes de que el teléfono diera señales de vida.

Levantó el auricular de un zarpazo y gruñó:

—¡Hable!

—¿Es usted Johnny Moran?

Dio un respingo al oír la suave voz femenina, una voz de terciopelo semejante al runruneo de un felino.

—Sí.

—Supongo que no habrá cometido la estupidez de avisar a los polizontes, Moran.

—Todavía no. Suelte lo que tenga que decir y acabemos.

—No es tan fácil. Usted lo complicó todo al escapar anoche. Mató a dos de mis hombres, ¿recuerda? Uno no importaba mucho,

pero el otro era muy valioso...

—Hábleme de Sheila. ¿Qué se proponen hacer con ella?

—Eso dependerá únicamente de usted. Si quiere que ella siga disfrutando de buena salud deberá usted hacer lo que le ordene ahora. ¿Entiende bien esto?

—¡Perfecto! Pero maldito si tiene sentido común. ¿Qué esperan conseguir de mí, un rescate? Porque si es así más vale que deje usted de soñar.

—No pensamos en rescate de ninguna clase. Le queremos a usted.

—¿Qué?

Sonó una risita al otro lado del hilo telefónico.

Una risa cargada de burla que la voz de terciopelo convertía en incitante.

—No podemos discutir los detalles por teléfono. Escuche bien, Moran; siga en la casa de su romántico amor hasta que un hombre vaya a buscarle. Usted deberá acompañarlo sin resistencia y sin hacer preguntas. Ésta es la única manera de que la hermosa Sheila siga disfrutando de buena salud, tal como dije antes.

—Si alguien...

—Sin discutir, recuérdelo. Y sin acordarse para nada de la policía. Eso es todo.

—¡Maldito, sí...!

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Siguió esperando, más enfurecido a cada minuto que pasaba. Lamentó haber dejado la pistola en la maleta porque estaba dispuesto a pelear contra todo un regimiento de pistoleros para librar a Sheila. Estaba habituado a luchar, y en condiciones mucho peores que las que pudieran presentarle un puñado de rufianes.

Le intrigaba la voz sugestiva que habló por teléfono. Una mujer con una voz semejante no encajaba en una pandilla de secuestradores.

En realidad, nada tenía mucho sentido.

Había agotado casi el paquete de cigarrillos cuando el carillón de la entrada sonó con sus notas alegres. Se levantó de un salto y fue a abrir.

Entró un hombre grande, poderoso, de cuerpo amazotado y pequeña cabeza de cabellos crespos. Johnny lo estudió con un

vistazo apreciativo.

El hombre dijo:

—Me llamo Talbot. ¿Está dispuesto, compañero?

—Seguro.

—Antes debo asegurarme de que no lleva usted armas.

—Utilizo un bazooka habitualmente, pero lo olvidé antes de venir. Puedes hacerlo.

El tipo parpadeó unos instantes. Luego se encogió de hombros y le registró con rapidez y habilidad.

Satisfecho, comentó:

—Es usted un buen muchacho. Siga así y todo irá bien.

—¿Adónde piensas llevarme ahora?

—Ya lo verá. Y no piense ni por un momento que podrá hacer conmigo lo que les hizo a Baxter y los otros.

—Aquello fue solo una pequeña diversión, ¿entiendes?

—Sí, bueno, pero si trata de repetirlo su amiguita va a pasarlo muy mal. ¿Está dispuesto?

—Andando.

Salieron de la casa. Había un coche negro esperando junto a la acera, con un silencioso individuo frente al volante.

Tan pronto se hubieron instalado en el asiento, el coche salió disparado.

Diez minutos más tarde corrían hacia el Sur por la carretera de Monterrey, aunque pronto la abandonaron para torcer a la izquierda y tomar un desvío que se encaramaba por una sucesión de colinas antes de llegar a los grandes bosques. Un indicador en el desvío rezaba:

Los Gatos (10 millas).

—Ahora he de vendarle los ojos, Moran —anunció el pistolero.

—¿Para qué? He leído perfectamente el indicador.

—No importa. Ésas son mis órdenes.

—Está bien.

Le taparon los ojos y el coche siguió dando bandazos por aquella carretera en mal estado. Más tarde creyó notar que también dejaban la ruta para seguir por otra más llana, pero no pudo saber si estaban dando vueltas para desorientarle o si realmente proseguían una dirección determinada.

Al fin, después de un tiempo interminable, el coche se detuvo.

Durante unos instantes, Johnny sólo oyó la portezuela delantera y el rumor del chófer apeándose. Después, unas voces y pisadas sobre gravilla.

—Abajo, Moran —indicó el pistolero.

Se apeó a tientas. Una mano le sujetó por el brazo, guiándole hasta una casa cuya puerta se cerró tras él con un golpe seco.

Le quitaron la venda de los ojos y parpadeó bajo una luz amarillenta proveniente de una lámpara de pie.

Talbot estaba a su lado, y había dos hombres más observándole, ambos de aspecto tan poco tranquilizador como Talbot.

—Quiero ver a Sheila —dijo, impaciente—. Si alguien le ha hecho el menor daño vayan pensando en Baxter...

—Nadie la ha tocado todavía. Vamos, podrá verla ahora mismo.

Le empujaron hacia una escalera que se abría en el fondo del gran vestíbulo. Descendieron a un oscuro sótano en el que Johnny vio dos puertas cerradas y un estrecho pasillo que se perdía en un fondo negro como la tinta.

Talbot abrió una de las puertas. Dentro brillaba una débil luz.

—Entre y consuélala, Moran...

Entró y ni siquiera oyó cerrarse la puerta de la celda.

Sheila Gale estaba allí, mirándole igual que petrificada.

Poco a poco se levantó del estrecho camastro en que estaba sentada. Sus ojos grandes, profundos y bellos parecían aturridos, como si no pudiera creer lo que veían.

Era una muchacha soberbia, de cuerpo hermoso y flexible, senos atrevidos que atirantaban la blusa provocativamente, fina cintura y largas piernas rematadas por tobillos de bailarina.

—Johnny... —jadeó.

—Pequeña mía.

Se arrojó entre sus brazos sollozando. Detrás de la pareja, la puerta cerrada ocultó los instantes de desesperada ansiedad que les dominó mientras se unían en un beso insaciable.

Johnny se dejó llevar por las ansias retenidas tantos y tantos meses y la besó una y otra vez, locamente, dando rienda suelta al torrente pasional que se desbordaba en sus sensaciones.

Una eternidad más tarde ella musitó:

—¿Por qué ha tenido que suceder ahora, Johnny? Soñé en recibirte en casa, como tú hubieras deseado y en cambio...

—Te sacaré de aquí, pequeña.

—¿Qué pretenden de nosotros, qué van a hacernos?

—Sospecho que sólo están interesados en mí, aunque maldito si puedo imaginar por qué. Tú les has servido de palanca para dominarme.

—Creí que eras tú cuando llamaron a la puerta... abrí y... y allí estaban aquellos dos hombres horribles...

—Olvidalo.

—Hazme olvidarlo tú.

Obedeció. Besando locamente se consigue también olvidar.

CAPÍTULO III

Una llave giró en la cerradura de la puerta y ésta se abrió. Los dos volvieron la cabeza, separándose.

Talbot les observó con evidente ironía.

—Se acabó la sesión por el momento, Moran. Alguien quiere verle.

El pistolero empuñaba un revólver esta vez. Johnny dijo:

—Está bien, ahora aclararemos esto de una vez. Tranquilízate, pequeña. Te sacaré de aquí.

Talbot soltó una risita.

—Eso va a ser difícil por el momento —comentó—. De todos modos, la chica estará bien alimentada y nadie la molestará si usted se porta bien.

—Falta saber lo que tú entiendes por «portarse bien».

Salió de la pequeña celda y el pistolero cerró la puerta otra vez. Fuera había otro esperando, también armado. Johnny subió las escaleras ante ellos resueltamente.

Le guiaron por un dédalo de pasillos. Así advirtió que la casa era de enormes proporciones, aunque antigua y mal conservada.

—Ahí, esa puerta. Llame y entre después —le indicaron.

Golpeó con los nudillos y sin esperar respuesta entró, seguido sólo por Talbot.

Se detuvo en seco ante la mujer que le aguardaba.

Ella estaba reclinada en un diván, mirándole fijamente con unos ojos extrañamente verdes, como los de una pantera. Y como los de una pantera tenían un fulgor inquietante.

Por lo demás, era una mujer estatuaria, de generosas formas que no se preocupaba de ocultar poco ni mucho con la suave *negligée* vaporosa que llevaba puesta. Una prenda casi etérea, verde como sus ojos y en cuyos pliegues se insinuaban los turbadores tonos dorados de su piel tersa.

—Entre —dijo, y Johnny reconoció la voz aterciopelada que escuchara por teléfono—. Venga aquí y siéntese.

Avanzó hasta detenerse junto a ella.

—¿Puede decirme ahora qué significa toda esta mascarada? —Gruñó.

Ella sonrió. Sus labios sensuales y húmedos reflejaron la luz.

—Le necesito, Moran. Quiero que haga algo por mí.

—¿Y para eso ha tramado esta comedia?

—Me gusta estar segura de que quienes trabajan para mí lo harán con toda fidelidad hasta el final. Con esa chica en mi poder, usted me obedecerá ciegamente, ¿no es cierto... Johnny?

—No esté muy segura.

De nuevo sonrió, turbadora y sugestiva, peligrosa como una serpiente de cascabel según opinó Johnny para sí.

—Usted sabe que no tiene opción —musitó—. O me obedece fielmente, o mis hombres se ocuparán de que su chica sepa palpablemente lo que es el infierno.

—Al grano.

—Oh, sí... Usted habla francés, ¿no es cierto, Johnny?

—Mi padre era francés, aunque yo nací en Nueva York.

—Bien... hablará inglés con cierta dificultad, demostrando un claro acento francés...

—Mi inglés es excelente.

—Ya lo imagino, pero deberá estropearlo ex profeso para mí.

—¿Por qué?

—Porque usted será, durante un corto tiempo, un francés llamado Jan Vauvil.

—Maldito si comprendo nada. ¿Quién es Jan Vauvil?

—El mejor experto en cajas acorazadas de toda Europa. Y hay quien asegura que es el mejor del mundo en la actualidad.

Johnny se estremeció.

No obstante dijo entre dientes:

—Sigo sin entenderlo.

—Usted, antes de ser movilizado y enviado a Vietnam, era ingeniero en la Ronny Steel Group. ¿No es cierto?

—Sí.

—Era su mejor diseñador de cajas acorazadas. Un auténtico experto.

—Sí —repitió con voz sorda.

—Cómo ve, estoy bien informada. Por lo que averigüé sobre usted y sus habilidades sé que puede dejar en ridículo a ese francés, Vauvil.

—Ya veo... Usted necesita un técnico capaz de abrir una cámara acorazada...

—Ni más ni menos.

—¿Por qué me eligió a mí, si podía contratar a ese francés?

—Hay varias razones. En primer lugar, Vauvil llegó a América poco antes que usted. Ahora está en mi poder... en malas condiciones. Lo que yo necesito no es sólo un experto en cajas fuertes, sino alguien que haga un trabajo por mí y en el que pueda confiar ciegamente. Vauvil me hubiera traicionado a la primera oportunidad, cosa que usted no hará porque la muchacha me servirá de garantía durante todo el tiempo que usted esté ocupado en esa tarea.

—Usted dijo que yo debería ocupar el puesto de ese francés. ¿Por qué?

—Es una larga historia, querido... ¿No le apetece beber? Yo estoy sedienta... Talbot, prepara unos tragos para el señor Moran y para mí.

El pistolero fue hacia el bar adosado a un ángulo de la estancia. Les llevó los vasos sin pronunciar una palabra. La mujer señaló la puerta.

—Puedes salir, Talbot. Espera ahí fuera, donde puedas oír mi voz si me veo obligada a llamarte.

—Está bien.

Salió y cerró silenciosamente.

Johnny bebió todo el contenido del vaso sin respirar. Luego lo dejó sobre la mesita y volvió el rostro hacia la turbadora mujer que le intrigaba y enfurecía a un tiempo.

—La historia comienza hace más de un año. Entonces yo era la amiga de un individuo llamado Howard Craven, un granuja de guante blanco, listo como el diablo. Vivíamos bien, hasta que encontró otra que le gustó más que yo y me largó. ¿Entiendes?

—Hasta aquí, sí. Le dio la patada y a otra cosa.

—Justamente. Pero eso no puede hacerse a Celeste y él lo hizo. Juré que algún día ajustaríamos cuentas. Desde entonces me

dediqué a reunir unos cuantos pistoleros y mantenerlo vigilado constantemente para estar enterada de sus hazañas.

Johnny asintió. Apenas si la escuchaba, absorto en buscar la manera de liberar a Sheila sin riesgo para la muchacha.

Celeste prosiguió:

—Durante un año no encontré la oportunidad... hasta hace un mes. Supe que Howard estaba reuniendo expertos en alguna parte. Contrataba los mejores especialistas del país, y éstos desaparecían. Bueno, resumiendo, me dijeron que había contratado un experto en cajas fuertes en Europa y que éste estaba a punto de llegar. Llegó y nosotros estábamos esperándolo.

—Jan Vauvil.

—Ciertamente.

—¿Aquí es donde entro yo?

—Seguro, querido. Obligué a Vauvil a contarme la historia. No es que supiera mucho. Recibió la mitad de un billete de mil dólares junto con una carta. La otra mitad del billete estaría esperándole aquí, y si realizaba el trabajo, habría cincuenta billetes más...

—Cincuenta mil dólares...

—Eso es. Recibió también un pasaje para el avión y no lo pensó mucho. Vino... y encontró un comité de recepción con el que no había contado.

—Sigue y terminemos de una vez.

—Calma, querido. ¿Qué prisa tienes? Hasta ahora sé que Howard planea algo grande, inmenso, pero no sé qué es. En sus planes entra emplear el mejor experto en cámaras acorazadas que ha podido conseguir, un hombre al que no ha visto nunca ni siquiera en fotografía. El propio Vauvil asegura que jamás fue retratado, a pesar de su fama. Eso facilitará tu tarea. ¿Entiendes?

—Sí.

—Ajá. Irás en lugar de Vauvil, averiguarás qué es lo que Howard Craven planea, y cuando lo sepas, me lo dirás a mí. Entonces decidiré si le dejo seguir adelante para caer sobre él en el instante de conseguir su propósito, o si le tomamos la delantera. ¿Alguna duda... querido?

—Sobre lo que esperas que haga, no; pero me gustaría saber cómo averiguaste tanto sobre mi vida.

—No hay nada que una mujer no pueda conseguir si se lo

propone.

—Tal vez. ¿Sabes también en qué unidad combatí en Vietnam?

—Maldito si eso me importa. Averigüé que no hay otro como tú para abrir cámaras acorazadas; por algo las estuviste diseñando durante años, y adquiriste una habilidad casi milagrosa... Me hablaron también de tu extraordinaria aventura en la bóveda del Shaving Bank, ¿recuerdas?

Su voz era una pura caricia de terciopelo, pero los ojos continuaban pareciéndole a Johnny los de una pantera.

—De modo que incluso eso supiste, ¿eh?

—Seguro. Se les estropeó la bóveda acorazada del Banco. O la volaban con dinamita, poniendo en peligro su contenido y parte del edificio, o se quedaban sin poder disponer de efectivo. Tú la abriste al fin, después de una hora y quince minutos de esfuerzos. Eso se llama un éxito completo.

Johnny no replicó. Estaba calculando las posibilidades que tendría si se apoderaba de esa mujer endiablada, y valiéndose de ella como rehén obligaba a los pistoleros a liberar a Sheila...

Pronto se convenció de que cualquiera de ellos, con Sheila en sus manos, estaría en condiciones de obligarle a él a soltar a Celeste. Era un riesgo que no podía permitirse el lujo de correr.

—Está bien —dijo—. Lo sabes todo respecto a mí, pero ahora veamos el resto. ¿Qué he de hacer concretamente para ponerme en contacto con ese tipejo, Craven?

—Sólo tienes que inscribirte en el hotel Galveston con el nombre de Jan Vauvil. Eso es todo.

—Ya veo. ¿Cuándo?

—Antes del día catorce de este mes.

—Y hoy estamos a doce, si mal no recuerdo...

—Justamente. Hay tiempo, querido... mucho tiempo.

—¿Cuánto calculas que puede durar ese trabajo?

—No tengo la menor idea. Mucho, probablemente, porque Howard es excesivamente meticuloso en sus trabajos.

—Y todo ese tiempo, Sheila estará en esa maldita celda, ¿eh?

—Cuando tú hayas partido la instalaré en una habitación del piso alto. Haré clavar la ventana para que no tenga malas ideas y podrá esperar allí tu regreso.

—Creo que no me queda ninguna opción, ¿eh?

Ella rió suavemente.

—Ni la más remota.

—Entiendo. Fingiré que soy Vauvil, y cuando Craven me haya dicho lo que espera de mí, te informaré. ¿Es eso?

—No exactamente. Quiero saber todo el proyecto de Craven, no solamente la parte que tú debas realizar.

Johnny permaneció mudo unos instantes mientras su mente trabajaba metódicamente. No le preocupaba demasiado el riesgo de aquella absurda operación. Él había desafiado riesgos mucho más terribles a lo largo de sus insensatas misiones en el Vietnam. Lo que le preocupaba realmente era la suerte de Sheila y el tiempo que debería permanecer cautiva en aquella casa destartalada e inhóspita, en manos de semejante pandilla de rufianes, capitaneados por esa mujer vengativa que no parecía dispuesta a detenerse ante nada.

De pronto, preguntó:

—¿Qué fue del verdadero Jan Vauvil?

Ella le mostró sus dientes brillantes con una sonrisa semejante a la mueca de un tigre.

—Digamos que se encuentra indispuerto, querido. Hubo que «presionarle» un poco para que nos contara toda la historia.

—Ya veo.

—No debes preocuparte por él. Estará en lugar seguro hasta que tu misión haya terminado.

—¿Y después?

—No te comprendo.

—¿Qué le ocurrirá después a ese francés?

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Para qué preocuparse por él? —exclamó—. Es pura basura.

—Esa misma opinión puedes tener respecto a mí y Sheila.

—Nunca te consideraré una basura, querido Johnny —rió, entre dientes, al hablar—. En realidad, y con tu aureola de héroe feroz, eres terriblemente incitante.

—¿Y ella?

—¿Sheila? Tienes mi palabra de honor de que tan pronto hayas cumplido tu parte del trato la dejaré en libertad sin que le haya ocurrido nada desagradable.

—Palabra de honor —gruñó Johnny, con sarcasmo—. Tú no

tienes ni una maldita idea de lo que es el honor.

—Bueno, confieso que jamás me preocupó excesivamente la palabreja en cuestión. Pero la dejaré libre, seguro.

Él esbozó una mueca. Sentía unas feroces tentaciones de retorcerle el cuello a la mujer que le colocaba entre la espada y la pared. Sólo el temor a que Sheila resultara dañada por una acción irreflexiva le contuvo.

—Muy bien —dijo, a regañadientes—. ¿Cuándo debo partir?

Ella se relajó sobre el diván como una gata satisfecha.

—Puedes pasar esta noche aquí, querido. Soy una mujer muy hospitalaria... si dejas que te lo demuestre.

Él se levantó, tenso.

—Todo lo que quiero es volver al lado de la muchacha. Está asustada y me necesita.

—Oh, bueno, podrá resistirlo. No es ninguna niña, Johnny.

—¿Resistir qué, la incertidumbre, el temor a lo que van a hacerle? No, gracias, prefiero infundirle seguridad estando junto a ella.

La mirada brillante de Celeste chispeó llena de furia. Realizó un gran esfuerzo para contenerse y murmuró:

—No es frecuente que invite a un hombre a pasar la noche conmigo, Johnny...

—Puedo imaginarlo. Cuando eso ocurre, ellos salen de estampida.

No le gustó el comentario y de nuevo su mirada relampagueó rebosando ira.

—Otro comentario semejante, «querido» Johnny, y no saldrás de aquí entero.

—Recuerda que me necesitas, encanto.

—A veces puedo renunciar a un negocio para ajustarle las cuentas a un baboso.

—Lo dudo. Pero no discutamos, primor. Si he de pasar la noche aquí, prefiero estar junto a Sheila.

Ella se enderezó poco a poco. Una leve sonrisa burlona asomó a sus labios.

—¿Qué esperas que te dé ella esta noche? Es una muchachita honesta, que aguardaba tu vuelta para que la llevaras ante el altar y todo esto. Yo no necesito formalidades ni dilaciones, Johnny.

Él dio media vuelta y se encaminó a la puerta.

—En ese caso —gruñó—, prefiero volver a la ciudad ahora mismo.

Por unos instantes, Celeste pareció dispuesta a estallar. Él vio la muerte en aquellos ojos implacables y empezó a pensar que tal vez se había pasado de rosca. Después de todo, una mujer como Celeste no se encuentra frecuentemente en la vida de un hombre.

—Está bien, maldito bastardo —le apostrofó Celeste, de pronto, levantándose—. Vas a volver a la ciudad. No podrás consolar a tu amorcito hasta que hayas realizado el trabajo.

Él asintió con un gesto. Pero si Celeste se hubiese tomado la molestia de escrutar la salvaje expresión de aquellos ojos grises y acerados, quizá hubiera adoptado algunas precauciones adicionales.

Se acercó a la puerta, moviéndose despacio, mostrando a cada paso la turbadora perfección de su cuerpo en un mudo desafío al hombre, que la miraba con los párpados entrecerrados.

—Jamás volverás a tener otra oportunidad semejante, Johnny —runneneó la mujer, deteniéndose junto a la puerta.

—Ya lo sé.

—¿Insistes en irte ahora?

—Ni más ni menos. Abre esa puerta y lo verás.

—Eres un tonto, querido... ¡Talbot!

La puerta se abrió de golpe y el pistolero asomó, con el revólver en la mano.

—Lleva a nuestro querido Johnny a la ciudad, Talbot. Y dale el sobre como te indiqué. —Encarándose con el excombatiente, añadió —: En el sobre encontrarás el medio billete de mil dólares y los documentos de Vauvil, junto con una hoja mecanografiada. Es un resumen de su historia y de los datos que debes conocer respecto a él para poder suplantarle.

—Has pensado en todo, primor.

—Y ahora, largo de aquí. Quiero que me informes tan pronto hayas averiguado lo que quiero saber.

—Lo haré.

—Estoy segura que lo harás —rió, burlonamente, antes de proseguir con su voz cálida y sensual—: Lo harás porque ella está en mi poder.

—¿Sabes, querida? Creo que equivocaste el medio...

—¿De qué hablas?

—No lo entenderías...

Talbot gruñó:

—He de vendarle los ojos.

—Está bien.

Dio una última mirada a la mujer antes de que el pistolero le colocara la venda en torno a la cabeza. La vio allí, estatuaria, bella e incitante como un sueño lúbrico. Después dejó de verla y Talbot le sujetó el brazo, guiándole hacia la salida.

Antes de abandonar la casa, todavía pudo oír la suave y burlona risita de Celeste.

Salieron y la risa se esfumó.

Instantes después, el coche emprendía el camino de regreso a San Francisco.

CAPÍTULO IV

—Ya puede quitarse la venda, Moran —dijo Talbot.

Johnny lo hizo y comprobó que el coche estaba circulando por el centro de la ciudad.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Dígame dónde quiere que le deje, eso es todo.

—Al mismo lugar donde me recogieron.

—Está bien.

—¿Quién es ella en realidad, amigo?

—¿Ella?

—Celeste.

—No haga preguntas idiotas. Algún día ella misma se lo dirá, si quiere.

—Estás bien aleccionado.

—Ella me paga.

—La lealtad es una gran cosa —contestó Johnny, con sarcasmo.

—Exacto. Procure no olvidarlo si aprecia en algo a esa chiquilla. No crea ni por un momento que Celeste vacilaría en condenarla si usted se pasa de listo.

—Estoy seguro que lo haría. Es una bella bestia salvaje, ¿eh?

Talbot rió entre dientes.

—La he oído llamar muchas cosas desde que trabajo para ella, pero nunca bestia salvaje. Se lo diré cuando regrese, sólo para que se ría un poco.

Frenó y el coche se detuvo junto a la acera. Johnny abrió la portezuela y gruñó:

—Una cosa más antes de separarnos, Talbot. Dile a Celeste que si Sheila sufre el menor daño, le arrancaré la piel a tiras. Y no es una amenaza simplemente, sino una promesa. También puedes decirle que si tiene un momento libre, averigüe en qué unidad presté mis servicios en Vietnam...; eso quizá le dé que pensar.

—¿Por qué?

—Díselo simplemente.

Se apeó, cerrando la portezuela. Talbot estaba mirándole con los ojos semi-cerrados, intranquilo a su pesar.

Johnny caminó a través de la acera, se internó por el pequeño jardín y desapareció en el interior de la casa. Sólo entonces el pistolero puso en marcha el auto y se alejó.

Johnny encendió las luces del saloncito, buscó las bebidas y se sirvió un trago. Entonces se acomodó en una butaca y comenzó a pensar con calma en la entrevista sostenida con la diabólica mujer que tanto había conseguido turbarle.

Una hora más tarde salió, cerró la puerta y se encaminó a su hotel. Reunió su escaso equipaje, pagó la cuenta, tomó un taxi y ordenó al chófer que le llevara al hotel Galveston.

En cierta forma, el mensajero no fue lo que Johnny había esperado, entre otras razones porque se trataba de «una mensajera».

Cabellos platinados que enmarcaban un rostro adorable en el que chispeaban los ojos más azules que él había visto jamás. Su boca era carnosa e incitante, nerviosa y húmeda.

Él deslizó la mirada por toda ella, mientras la muchacha permanecía plantada ante la puerta abierta.

—Pase —dijo al fin.

La mujer se deslizó dentro de la habitación en silencio. Sólo cuando se detuvo murmuró:

—Usted es Jan Vauvil.

—Nadie lo niega, preciosa —replicó, esforzándose para que su inglés fuera tan endiabladamente confuso como se suponía que era el del especialista en cajas acorazadas.

Sonrió al recorrerla con la mirada, aprobadoramente. Los senos de la muchacha acuchillaban descaradamente la blusa de nylon, como una afirmación de la firmeza de su cuerpo. Resultaba tentadora desde cualquier ángulo que se la mirara.

—Me llamo Lee —musitó.

—¿Sólo Lee?

—Es suficiente. Usted tiene algo que le identifica, ¿no es cierto?

—Mis documentos.

—Algo más importante que unos simples papeles.

—¿La mitad de un billete?

Ella asintió con un gesto. Johnny sonrió y, sacándolo del bolsillo, mostró el papel verdoso. Ella lo tomó entre sus dedos y lo unió a otro medio que extrajo del pequeño bolso.

—Encajan perfectamente. Ése es el billete.

—¿Va a darme ahora los dos trozos?

—No.

—Oiga, la carta decía que...

—Se le entregarán otros mil dólares en billetes pequeños. Negociar uno de mil es más expuesto por la curiosidad que levanta. Él se encargará de hacerlo sin riesgo.

—¿Él?

—Howard.

—Craven, naturalmente.

—Sí.

—¿Cuándo le veré?

—Esta noche. Habrá una reunión con todos los demás.

—¿Quiénes son los demás, y cuántos?

—Seis. En cuanto a su identidad, Howard se los presentará.

—Está bien, siga hablando. ¿De qué se trata todo este serial?

—¿Serial?

—¿No lo parece al menos?

—Ignoro qué clase de negocio está organizando Howard, pero, sea lo que sea, puede apostar que no será nada semejante a un serial, sino una cosa bien montada... y muy seria. Él es un genio, ¿sabe?

—¿Qué le parece? Nunca trabajé con genios.

—Si me permite un consejo, no hable en ese tono con él. Puede ser muy rudo si se lo propone.

—Yo también, ricura.

—Lee, ¿recuerda? Es suficiente para usted.

—Oh, comprendo. Es propiedad de «él» también.

La muchacha se encogió de hombros. Miró a su alrededor y luego se encaminó al armario, abriéndolo.

—¿Ése es todo su equipaje?

—Suficiente.

—Habrá de comprarse otras ropas... prendas de confección, de serie. Cualquier cosa que pase, ninguno debe ser identificado.

—Eso me parece un acierto.

—Howard lo dispuso.

—Howard el omnipotente, ¿eh?

Ella cerró el armario.

—Vendré a buscarle a las siete, Vauvil.

Se dirigió a la puerta, la abrió y salió sin dirigirle ni una mirada más. Johnny escuchó el ágil taconeo por el pasillo hasta que se desvaneció en las escaleras.

Entonces fue a la puerta y la cerró cuidadosamente, puesto que ella la había dejado abierta.

Mucho después de su marcha, el embriagador perfume de Lee seguía impregnando el ambiente de la habitación. Para Johnny, ese recordatorio permanente no fue ninguna ayuda para aclarar las ideas.

CAPÍTULO V

Lee se detuvo el tiempo justo de cerrar la puerta. Al volverla, tropezó con la curiosa mirada de Johnny, plantado en mitad del amplio vestíbulo.

—Las escaleras, Vauvil —dijo, señalándolas—. Están esperando arriba.

—Todo esto me parece una mascarada.

—Vaya y dígaselo a Howard.

Echó a andar, pasando ante él sin dirigirle una mirada. Subió las escaleras, taconeando con perfecto equilibrio, seguida por Johnny Moran, quien incluso a su pesar se sintió prendido por la gracia alada de aquel cuerpo soberbio que le precedía, moviéndose con la gracia y sutil suavidad de una bailarina.

Al final de las escaleras había un pasillo de regulares dimensiones, flanqueado de puertas con un número sobre cada una. La del fondo del pasillo estaba abierta y dejaba escapar un torrente de luz.

Oyó el rumor de varias voces mientras avanzaba sobre una gruesa alfombra. Cuando llegó a la puerta abierta descubrió a los seis hombres reunidos en torno a una gran mesa sobre la que había botellas, vasos y un recipiente con dados de hielo.

Todos volvieron la cabeza al darse cuenta de su presencia. Seis pares de ojos inquisitivos que le catalogaron en un segundo, para luego desviarse hacia la hermosa mujer que se había detenido al lado de Johnny.

Fue ella la que rompió el silencio.

—Éste es Jan Vauvil. Voy a llamar a Howard Craven ahora que están todos aquí. Entre, Vauvil, y nada de protocolos. Beba mientras esperan.

Giró sobre los talones y desapareció.

Johnny avanzó, mirando a los que iban a ser sus compinches con

evidente curiosidad. Al llegar junto a la mesa, dijo, con un inglés muy defectuoso:

—Ustedes tienen una ventaja sobre mí: saben mi nombre.

—Podemos ahorrar el protocolo, tal como dijo la dama. Me llamo Steve Ruyter —se presentó a sí mismo un individuo delgado, de rostro cetrino.

—Lláname Briand —dijo otro, un joven que no pasaría de los veinte años.

El tercero gruñó:

—Herbert Kroger.

Johnny clavó los ojos en el cuarto, un individuo de piel amarillenta, con grandes bolsas bajo unos ojos enrojecidos.

—Shark —se presentó éste—. Peter Shark.

—Puedes llamarme Ed —concedió el quinto, un tipo rechoncho y de largo y revuelto cabello muy negro.

—Y a mí, Henry Skardon.

Este último tendría unos treinta años, era delgado y sus ropas revelaban un buen corte y eran de calidad. Su camisa blanca estaba impecablemente limpia y sobre ella relucía una corbata azul de seda.

—Bueno, ahora que nos conocemos, quizá alguno de ustedes pueda ilustrarme de la clase de negocio por el que estamos aquí —dijo Johnny, sirviéndose un buen trago de una botella de coñac.

La saboreó antes que Ruyter anunciase:

—Eso es lo mismo que quisiéramos saber todos nosotros. Sabemos tanto como tú.

—Supongo que el misterio dejará de serlo esta noche —intervino Peter Shark.

Johnny catalogó a éste como un beodo. Arrugó el ceño porque el tipo no encajaba en el cuadro. Un individuo alcoholizado en un negocio fuera de la ley era tan peligroso como una bomba manejada por un niño.

Acercó una silla a la mesa y se dejó caer en ella cansadamente.

—Espero que se trate de algo grande. He venido desde Francia solo para tomar parte en este trabajo y no me gustaría haber hecho el viaje por un puñado de calderilla.

—¿Cuál es tu especialidad? —le preguntó Skardon.

Antes que pudiera replicar, una voz dijo desde la puerta:

—Vauvil es el mejor especialista del mundo en cajas acorazadas. Todavía no se ha fabricado la caja fuerte que él no pueda abrir.

Allí estaba Howard Craven. Tras él, Lee se mantenía en un discreto segundo plano.

Johnny observó al tipo con curiosidad. Tendría alrededor de cuarenta años, era alto y musculoso y su espeso cabello estaba teñido de gris en las sienes. Todo su aspecto era el de un brillante ejecutivo de una próspera empresa de negocios.

Avanzó, paseando su mirada por encima de los reunidos.

—¿No es cierto lo que dije, Vauvil?

—Bueno, creo que soy bastante bueno en mi trabajo —asintió Johnny, con una sonrisa.

—Para hacer lo que he preparado necesitarás ser algo más que bueno. Lee, ¿quieres preparar algo de beber para mí?

La muchacha se apresuró a complacerle y Howard Craven saboreó el *whisky* con hielo, sin prisas, dejando resbalar su mirada por aquellos hombres llegados de los más dispares sitios del país y del extranjero.

De pronto, dijo:

—Espero que estés familiarizado con las arcas acorazadas de fabricación americana, Vauvil. Vas a tener que trabajar en una de ellas, y no dispondrás de mucho tiempo.

—¿Qué clase de arca?

—Una bóveda «Magnum» de tres discos, llave y mecanismo de seguridad automático.

Johnny contuvo un sobresalto.

Mas, metido en su papel de Vauvil, gruñó:

—Eso suena a cámara bancaria.

—«Es» la bóveda acorazada de un Banco, realmente.

Hubo un sordo murmullo entre los reunidos.

Peter Shark gruñó:

—Si he entendido, todo el plan se limita al asalto a un Banco, ¿es así, Craven?

—Efectivamente.

—Entonces, me gustaría saber qué pinto yo en este asunto.

Graven achicó los ojos.

—Que ninguno crea que es una cosa simple llevarse un millón de un Banco. Tú eres un especialista en electrónica, de los

mejores... sólo que te han expulsado de todos tus empleos por borracho, y no creas que hablo así para ofenderte, sino para dejar las cosas bien sentadas. Necesito tus conocimientos para lo que me propongo, y para ello vas a cobrar cincuenta mil dólares. Si estás conforme, bien. De lo contrario, éste es el momento de largarte, antes de seguir exponiendo el plan.

Shark se encogió de hombros.

—Por cincuenta mil dólares haré lo que quieras menos empuñar un arma. No sirvo para la violencia.

—Muy bien. ¿Alguien quiere retirarse?

Nadie replicó. Johnny dijo:

—Necesitaré conocer con antelación la clase de caja con la que tendré que enfrentarme, Craven.

—Ya pensé en eso. Tengo diseños, fotografías y circuitos de alarma que podrás estudiar durante siete días.

—Me parece bien.

—Has hablado de un millón —soltó Briand—. ¿Es ésa la cantidad que obtendremos?

Craven clavó en él sus ojos fríos como un témpano.

—Ni más, ni menos.

—Si mis cuentas no fallan, entre todos nosotros sumaremos trescientos cincuenta mil dólares... ¿Piensas quedarte tú con todo el resto?

—Deducidos los gastos, así es. Y los gastos suman casi tanto como lo que tendré que pagaros a todos.

Como ves, mi beneficio es grande, pero no tanto como imaginas.

—Así y todo, es mucho dinero.

—Si estás tratando de que aumente las cantidades asignadas a cada uno, olvídalos. Llevo un año estudiando el asunto, y he invertido mucho dinero en la empresa. ¿Alguno más tiene algo que decir sobre el reparto?

Se cambiaron miradas entre ellos, pero ninguno habló ni protestó.

Craven esbozó una mueca de satisfacción.

—Muy bien, un punto resuelto. Pasemos a otro. Los coches. Dependerá mucho de ellos. He comprado un «De Soto» y un «Cadillac» de segunda mano, en Iowa. Tengo varias placas de matrícula dispuestas, de diferentes Estados. Cuando llegue el

momento, decidiremos cuáles nos interesa colocar.

Ferguson Briand carraspeó.

—No me fío de cacharros viejos, Craven.

—Tú eres un chófer excelente, Briand, y lo mismo puedo decir de ti, Skardon. Podéis confiar en esos dos coches. Están revisados hasta la saciedad; no obstante, tendréis una semana para examinarlos a fondo personalmente. Todo el grupo viajará en ellos, de modo que en cierta forma en vuestras manos estará la libertad y la vida de vuestros compañeros. ¿Entendido?

Asintieron con un gesto. Sin embargo, Skardon quiso puntualizar:

—Entiendo que tanto Briand como yo intervendremos únicamente como conductores de los coches.

—Exacto.

—Eso deja el grupo reducido a cinco hombres...

—Seis. Yo entraré en el Banco junto con Vauvil y Kroger.

Éste gruñó:

—¿Qué trabajo me reservas para mí?

—El más fácil o el más difícil, según como se presenten las cosas. Tú serás la fuerza de choque.

—¿La qué?

Craven soltó una risita.

—Según mis informes, eres un pistolero de la mejor escuela, sin nervios y con absoluta seguridad con un arma en la mano. Si hay dificultades en el Banco, habrás de disparar.

—¿Yo y quién más?

—Nadie más.

Kroger dio un salto.

—Maldito si entiendo esto. Quieres asaltar un Banco, en el que esperas encontrar un millón de dólares, y no cuentas con más pistolero que yo. ¿Es que estás loco o pretendes burlarte de mí?

—Tranquilo, muchacho. Tal como lo he planeado, no necesitarás disparar siquiera. Para eso he reunido los mejores expertos en diferentes especialidades... Pero si te ves obligado a tirar contra los guardianes del Banco, hazlo a matar. Para conocimiento de todos, diré que son guardias muy especiales... y sin escrúpulos. Hace poco más de un año, tres mozalbetes intentaron asaltarlo a cara descubierta, sólo que en el último momento les faltó el valor y

trataron de huir. Bueno, los guardianes les acorralaron en un callejón y les acribillaron a tiros sin darles una sola oportunidad. Estuvieron disparando contra ellos más de cinco minutos...

Kroger enseñó los dientes en una mueca.

—Ahora es cuando pienso que me gustaría que esos tipos estuvieran en el Banco cuando vayamos.

—¿Qué parte del trabajo reservas para mí? —preguntó Ruyter, de pronto.

—Tendrás a tu cargo los explosivos. Cinco petardos de gelignita con una potencia capaz de derribar un edificio de dos plantas. Dos deberán contener solamente el explosivo, pero los otros tres estarán unidos a un depósito de material inflamable, cualquiera que sea, y para eso está aquí Edmund Gee. ¿Podrás hacerlo con absoluta seguridad, Gee?

Éste asintió.

—Eso será fácil. ¿Qué es lo que debe arder, todo un edificio?

—Varios edificios. Almacenes, el mayor de los cuales tiene dos plantas.

—Está bien —dijo Gee.

—Y ahora es cuando llegamos a tu trabajo, Shark —prosiguió Craven, encarándose con el beodo—. Quiero que fabriques cinco detonadores electrónicos que puedan ser activados mediante un circuito de un radio de acción máximo de dos millas.

—Necesitaré material suficiente, y no es fácil de conseguir.

—Anota todo lo que necesites y te lo facilitaré. Pero escucha bien esto... Tres de los circuitos deberán hacer estallar las cargas cuando reciban el impulso electrónico, pero los otros dos sólo deberán ponerse en marcha... para explotar exactamente una hora más tarde.

Shark se encogió de hombros.

—Todo esto puede hacerse si dispongo de lo necesario. Pero me gustaría saber a qué obedece esa diferencia. ¿Por qué dos deben explotar sólo una hora más tarde?

Craven suspiró pacientemente.

—Esos estallidos —dijo—, serán los que protegerán nuestra retirada... en caso de que nos persigan, cosa que no ocurrirá si todo sale bien. Pero yo soy un tipo muy meticuloso y me gusta prevenir hasta las últimas posibles contingencias.

—Ya veo...

Johnny aplastó el cigarrillo que estaba fumando y masculló:

—Todo esto me parece muy bien... excepto por las vidas que puede costar. Si hay demasiados muertos con todas esas explosiones, toda la policía del país se alzaría en nuestra búsqueda.

Hubo un murmullo de asentimiento, pero Craven sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No habrá ninguna víctima, a menos que a algún despistado se le ocurra meter las narices donde no debe. Los lugares que arderán son grandes almacenes públicos, sin empleados, a excepción de las primeras horas de cada mañana, cuando acuden a retirar los géneros del día para las tiendas.

—Está bien, era sólo una duda.

—No quiero que existan dudas. Si alguien quiere aclarar cualquier extremo del plan, espero que me pregunte directamente.

Hubo un asentimiento general. Johnny encendió otro cigarrillo antes de decidirse a hacer la pregunta que zumbaba en la mente de todos.

—Sólo falta saber cuándo daremos el golpe y dónde, Craven.

—Tiene que estar todo preparado dentro de seis días para asaltar el Banco al día siguiente; o sea, el día veintiuno. En cuanto al lugar, de momento es preferible que sólo lo conozca yo; así no hay el menor peligro de filtraciones.

Esperó, como si temiera un coro de protestas. Lo único que hubo fue un breve murmullo, y luego todos estuvieron de acuerdo.

—¿Lee? —murmuró Craven.

La muchacha, que había asistido a la escena en silencio desde una posición cerca de la ventana, avanzó, colocándose junto al cabecilla.

—Entrega los papeles a Vauvil, para que vaya estudiando el artefacto con el que tendrá que trabajar. Shark te dará una lista de materiales, lo mismo que Gee. Cuando las tengas me las traerás. ¿Conforme?

Ella asintió con un gesto y Craven añadió rápidamente:

—Shark, tendrás que trasladarte a esta casa tan pronto tengamos el material. Y lo mismo sirve para ti, Gee. En cuanto a los demás, continuarán en sus alojamientos hasta que se les avise.

Dio media vuelta y abandonó la estancia seguido de la joven. Un

minuto después regresó ésta, trayendo un grueso sobre de papel amarillento que entregó a Johnny.

Entonces, anunció:

—Pueden salir cuando quieran, pero no lo hagan juntos. De ahora en adelante, les llamaré diariamente a sus hoteles para mantener el contacto y por si alguno necesita cualquier cosa. Si piden dinero adelantado, les será descontado de la parte que les corresponda al final. Buenas noches.

Cuando hubo desaparecido, Johnny comentó:

—Una perfecta secretaria...

—Te aseguro que yo la utilizaría para otra clase de trabajos, muchacho —rió Briand, levantándose—. ¿Dónde estás alojado tú?

—En el hotel Galveston —respondió Johnny.

—Yo, en el Royal. Podemos irnos juntos, puesto que vine en coche.

Se despidieron, y ambos abandonaron la casa sin ver ni rastro de la muchacha ni de Craven.

Cuando ya estuvieron en marcha, Briand gruñó:

—¿Qué opinas de todo esto, Vauvil?

—Bueno, puede ser un buen negocio si es cierto que Craven lo tiene todo tan bien planeado. Cincuenta mil dólares son mucho dinero. Sobre todo en mi país —añadió, metido en su papel de francés.

—Veremos. Por mi parte me limitaré a esperar. Hay algo en Craven que no acaba de gustarme.

—Parece que sabe lo que lleva entre manos...

—Tal vez. Y estoy dispuesto a creer que ha pasado un año estudiando este asunto, pero o mucho me equivoco, o ese individuo no tiene agallas suficientes para tomar parte personalmente en el asalto cuando llegue el momento.

Johnny se encogió de hombros.

—Eso no me preocupa, si puedo embolsarme cincuenta mil dólares.

Tras unos minutos de silencio, Briand preguntó:

—Oye... ¿Estás seguro que podrás abrir la caja, del Banco? Porque si después de empezar resulta que nos fallas...

Johnny palmeó suavemente el sobre que llevaba en la mano.

—Aquí dentro debe estar la respuesta —dijo, con ironía—.

Cuando haya estudiado todo eso podré contestarte con seguridad.

—Imagina que no consigues abrirla...

—Sí, sería una mala cosa, ¿no crees?

Briand soltó una obscenidad entre dientes.

—Ése es el punto flaco del plan a mi entender —rezongó—. Craven ha pensado en todo menos en que tú puedas fracasar.

—Siempre queda el recurso de la dinamita —rió Johnny.

—¿Cómo infiernos puedes bromear con este asunto?

—Tómalo con calma. Si no estoy seguro de abrir esa lata de sardinas, se lo diré a Craven con tiempo suficiente para que piense en otra cosa.

Briand cabeceó, aliviado.

—Está bien —dijo, a regañadientes—. Me gustaría muy poco que mis cincuenta mil se esfumaran antes de verlos siquiera.

—Tú ocúpate de que los coches estén a punto y deja lo demás para mí.

No volvieron a hablar hasta que dieron vista a la ciudad.

Entonces, Briand dijo:

—¿Qué te parece si nos vemos mañana? Podríamos divertirnos juntos mientras esperamos.

—Por mí está bien. Llámame por teléfono si quieres.

El coche se detuvo frente a la marquesina del hotel y Johnny se apeó. Estuvo viendo alejarse el coche de Briand antes de decidirse a entrar.

Su habitación se le antojó fría e inhóspita cuando cerró la puerta tras él. Dejó el sobre encima de una mesita y él se dejó caer sentado en el viejo diván que ocupaba una esquina del cuarto.

En aquel instante, el tirador de la puerta del dormitorio empezó a girar lenta y suavemente.

CAPÍTULO VI

Johnny sacó un cigarrillo sin advertir el leve movimiento de la puerta del dormitorio. Estaba encendiéndolo cuando el cañón del revólver asomó por la estrecha abertura, y entonces sí lo descubrió y se quedó inmóvil, tenso como un cable.

Sólo duró un fugaz segundo. Apagó la cerilla y la arrojó lejos.

Su mente y su cuerpo actuaron bajo el instinto adquirido en su rudo y salvaje entrenamiento de guerra, un entrenamiento especial para unas misiones también extrañamente especiales.

Brincó materialmente en el aire, apartándose de la posible trayectoria de las balas, y rodó volando por encima del diván. Quedó agazapado detrás del grueso respaldo, y sus ojos buscaron algo con qué defenderse.

Había una baja mesita en un extremo del mueble, y sobre ella, una pequeña lámpara y un pesado cenicero de cristal. Se deslizó como un gato, preguntándose por qué el hombre emboscado en el dormitorio no había disparado ya.

De un tirón derribó la mesita. La lámpara se hizo añicos y él cazó al vuelo el cenicero. Era muy pesado, y balanceó la mano para acostumbrarla a su peso.

Entonces, cambió otra vez de posición, retrocediendo.

Justo en aquel instante, una voz de hombre gruñó:

—Está bien, Vauvil, nadie va a llenarlo de plomo. Aquella voz le resultó conocida, pero no se fió poco ni mucho. Continuó perfectamente inmóvil, listo para arrojar su improvisada arma.

De nuevo se sorprendió, porque ahora fue una voz de mujer la que dijo:

—Puedes salir, querido... Sólo quería estar segura de que eras tú quien habías entrado, y solo.

Esta vez se levantó, dominando su ira.

—¡Maldita perra! —estalló—. ¿Qué infiernos estás haciendo

aquí?

Celeste sonrió, burlona. Junto a ella, la mole de Talbot semejaba una montaña dotada de movimiento.

—Eso no es muy amable de tu parte. Vine a buscar informes, amor mío. ¿Recuerdas lo que se espera de ti?

—¿Cómo está Sheila?

—Perfectamente. Tiene una habitación cómoda en el primer piso de mi casa. Le sirven una buena comida, tabaco y periódicos para distraerse. No te preocupes por ella.

—Me preocupo mucho más de lo que imaginas, y no sólo por ella, sino por mí. Eres una maldita estúpida, Celeste, o cómo te llames.

—¿Por qué?

Talbot gruñó:

—¿Cómo dejas que te hable así? Si vuelve a repetir estas estupideces, puedo romperle un par de huesos sin dificultad.

—Cálmate, Talbot, y espérame en el bar —dijo ella, sin mirarle.

—¿Dejarte sola con ese tipo? Es capaz de retorcerte el cuello...

—No lo hará, idiota. Sabe que si intenta algo contra mí, los muchachos se divertirán con su chica antes de liquidarla. Espérame, abajo en el bar.

Refunfuñando, Talbot abandonó la estancia cerrando de un portazo.

—Ahora dime por qué estás preocupado por ti.

—Eres estúpida si no lo comprendes. Pueden tenerme vigilado. Craven es endiabladamente listo, y antes de decidirse a confiar plenamente en nosotros querrá asegurarse. ¿Qué ocurrirá si averigua que te has entrevistado conmigo?

—Ya veo...

—Me cortará el cuello sin pensarlo dos veces, porque adivinará que estoy trabajando para ti infiltrado en su organización.

—Creo que tienes razón, querido... muchísima razón. He obrado demasiado a la ligera.

—Celebro que lo hayas comprendido —gruñó él, con sarcasmo—. ¿No podías hacerlo de otra manera?

—Sí, por supuesto que sí. Pero quería verte, Johnny.

—¿Sí? Qué emocionante —se burló—. ¿Te enamoraste de mí?

—¡Idiota!

—Así está mejor. Te pareces más a ti misma cuando hablas en ese tono.

—Quería verte —repitió, rechinando los dientes—, porque viéndote puedo descubrir si tratas de mentirme o no.

Él suspiró, dominándose.

—Está bien, ya estás viéndome.

—¿Qué has descubierto?

—Todo lo que sé es que Craven planea el asalto a un Banco del que piensa obtener un millón de dólares.

—¿Y para eso reúne a especialistas tan dispares?

—Seguro. El asalto deberá realizarse de un modo muy original, del que todavía no nos ha hablado.

—¿Dónde?

—Tampoco confía tanto en nosotros para habérselo dicho. Sólo sé que tendrá lugar el día veintiuno, eso es todo, pero ni una palabra de la localidad ni del Banco elegido.

Ella dio unos pasos de un lado a otro, impaciente y preocupada.

Cuando se detuvo frente a él, preguntó:

—¿Crees que no va a decir el Banco ni el lugar hasta el mismo día del asalto?

—Es muy probable, aunque, pensándolo bien, se verá obligado a confiar por lo menos en un par de nosotros.

—¿En quiénes?

—Hay dos individuos que están encargados de los explosivos. Tienen que colocarlos con tiempo suficiente para prepararlo todo. Unas bombas incendiarias y otras solamente explosivas.

—Eso pueden hacerlo unas horas antes del asalto. No necesitan más que un poco de tiempo para dejarlas colocadas.

Él se encogió de hombros.

—Eso es todo lo que sé por el momento.

—¿Qué me dices de tu parte en el trabajo?

—La que ya sabíamos. He de abrir una caja fuerte.

—¿Qué clase de caja?

—Una «Magnum» —dijo él, suavemente.

Celeste dio un respingo.

—¿Hablas en serio?

—No acostumbro a bromear en estos asuntos.

—Pero esa caja es de las que tú diseñabas cuando trabajabas

para la compañía fabricante...

—Y posiblemente se trate justamente de una que diseñé. Es una bóveda acorazada, subterránea, con circuito automático de alarma. En ese sobre tengo planos y diagramas del circuito para que vaya estudiándolos.

Ella dejó escapar una risita divertida.

—Debí haberlo supuesto. Imagino que Craven se quedaría muy sorprendido si supiera que esa caja fue hecha por ti...

Él se encogió de hombros y se despojó de la americana, que arrojó sobre una silla. Le siguió la corbata, y tras esto se sirvió un trago de una botella, sin que en ningún instante ella dejara de examinarle con fría atención.

De repente, susurró:

—Johnny...

—¿Sí?

—No pareces preocupado por lo que se avecina.

—¿A qué te refieres?

—Al asalto al Banco.

—No lo estoy. Llevé a cabo operaciones mucho más arriesgadas en Vietnam.

—Sí, ya lo sé.

—¿Lo sabes?

—Me tomé un poco de trabajo haciendo averiguaciones aquí y allá.

—Comprendo.

—Además, te vi reaccionar cuando descubriste el revólver que te apuntaba desde la puerta...

—¿Y qué?

Ella titubeó, mirándole con sus ojos brillantes.

—Nunca había visto nada igual —murmuró.

Johnny siguió bebiendo el *whisky* a pequeños sorbos sin responder.

Sabía muy bien a lo que ella se refería. La unidad de *pathfinders* a que había pertenecido era algo que causaba escalofríos a los que sabían cuál era su verdadera misión en la jungla, operando constantemente tras las líneas enemigas, muriendo y matando en la noche, puesto que durante el día permanecían quietos y bien ocultos para operar únicamente de noche...

—Un infierno —rezongó, entre dientes—. Un salvaje y maldito infierno.

—¿Qué? —exclamó Celeste.

—Nada, no lo comprenderías.

Ella se le acercó, indecisa.

—Johnny, mírame.

Él se volvió poco a poco. Apuró los restos del licor y dejó el vaso.

—¿Tenías mujeres como yo en ese horrible país asiático?

Enarcando las cejas, sorprendido, él masculló:

—¿A qué viene eso? Donde nosotros estábamos no había mujeres. Sólo había muerte y destrucción, y guerrilleros, y emboscados, y sangre...; es mejor no pensar en ello.

—¿Y cuándo volviste?

—No te comprendo.

—No pudiste ni siquiera estar a solas, en su casa, con tu chica.

Por los ojos grises de él pasó un chispazo de ira.

—Gracias a ti.

—¿No te gusto, es eso lo que ocurre contigo?

—Estás loca.

—Dime, ¿no soy de tu agrado?

Estupefacto, Johnny parpadeó lleno de incertidumbre.

—Si te tomas la molestia de mirarte en un espejo —dijo, con voz dura—, te darás cuenta de que puedes enloquecer a casi cualquier hombre.

—Pero no a ti.

—No a mí.

—¿Por qué, Johnny?

—Si no eres capaz de comprenderlo, es que tu sensibilidad de mujer se ha convertido en granito.

Celeste estuvo mirándole con fijeza un buen rato, hasta que una leve sonrisa aleteó en sus labios.

—Lo siento —murmuró—. No soy tan feroz como tú imaginas.

Él sonrió con sarcasmo.

—Tú eres una dulce muchachita, ¿eh? La típica jovencita americana llena de ingenuidad y de ilusiones que...

—¡Basta!

—Tú preguntaste.

De pronto, ella se echó a reír.

—Me lo gané, querido —dijo, volviendo a su tono mordaz del principio—. No debí dejarme llevar de mi temperamento.

—Ahora vuelves a ser tú misma.

—He de irme, Johnny. La próxima vez que quiera informes concertaremos un lugar de cita por teléfono. ¿Está bien así?

—Mejor que lo de esta noche, sí.

Siempre sonriendo, ella le rodeó el cuello con sus brazos tan inesperadamente que él no acertó a reaccionar. Luego, los labios rojos y voraces de la muchacha se aplastaron contra los suyos y por unos instantes el infierno ardió a su alrededor.

Cuando se apartó, él la siguió con la mirada chispeante.

—¿Qué quisiste demostrar con eso? —Gruñó.

Pero su voz no era tan firme como de costumbre.

—Sólo quería que supieras que también yo soy una mujer.

Esbozó un gesto burlón de despedida y giró sobre los talones, encaminándose a la puerta. Él no replicó.

Sin embargo, antes que Celeste alcanzara la salida, alguien llamó con los nudillos.

Johnny dio un salto adelante, alcanzándola.

—¡Silencio! —musitó—. Entra en la alcoba, rápido.

Ella retrocedió apresuradamente, al tiempo que Johnny preguntaba en voz alta:

—¿Quién está ahí?

—Soy Lee, Vauvil. Abra, por favor.

Se estremeció. Aquello podía convertirse en el pasaporte para la tumba.

Cerró la puerta del dormitorio y luego dejó entrar a la secretaria de Howard Craven.

—No esperaba volver a verte tan pronto —exclamó.

Ella dio un vistazo alrededor.

—Creí que ya se habría acostado...

—¿Y viniste a velar mis sueños?

La mirada glacial que ella le dedicó hubiera sido capaz de enfriar un horno.

—Sólo vine porque Craven olvidó colocar algo en el sobre que le entregué.

Sonriendo, Johnny comentó:

—Admiro su eficiencia. ¿Era algo que no podía esperar hasta mañana?

—Él creyó que no.

Abriendo el bolso, extrajo un papel doblado que dejó sobre la mesita. Sólo entonces comentó:

—No parece haberse alegrado de mi intempestiva visita, Vauvil...

—En realidad, me ha sorprendido. No la esperaba.

—Veo que ni siquiera ha abierto el sobre. ¿Qué le mantuvo ocupado desde su regreso?

—Eres muy observadora, cariño. Encontré una bonita chica esperándome cuando llegué aquí y ella era más interesante que unos papelotes.

—¿Cree que esto es París, Vauvil? —dijo, encaminándose a la puerta. Sólo que antes de salir comentó—: En todo caso, a juzgar por esa mesita derribada y la lámpara rota, ella le ha ofrecido alguna resistencia, ¿no le parece?

Salió y cerró la puerta suavemente. Johnny permaneció inmóvil unos instantes, escuchando el taconeo de Lee en el pasillo. Luego oyó el ruido de las puertas del ascensor y suspiró.

Entró en el dormitorio. Celeste estaba tendida sobre el lecho y había una expresión de curiosidad en sus ojos.

—¿Quién era esa fulana? —preguntó, abruptamente.

—Digamos que trabaja para Craven.

—Yo sé la clase de trabajo que hace para ese cerdo.

—Seguro que lo sabes...; el mismo que hiciste tú hace algún tiempo.

Ella se incorporó sobre un codo, sonriendo.

—Si quieres pelear conmigo, deberás elegir otra ocasión. ¿A qué crees que vino?

—La excusa fue traerme uno de los papeles referentes a la caja fuerte... pero realmente a vigilar. Quieren estar seguros que no nos desmandamos.

Ella asintió en silencio.

—Esa perra... ¿Crees que sospechan de ti?

—No más que de los otros. A menos que por casualidad vean a Talbot abajo...

—Craven no le conoce. Contraté a Talbot después que él me

plantó.

—Eso es una suerte para mí. Lo malo será si mantienen a alguien vigilando de modo permanente y te ven salir.

—Eso puede arreglarse fácilmente.

—¿Cómo?

—Quedándome a pasar la noche aquí y marchándome cuando sea de día. Entonces podré pasar desapercibida para cualquiera que esté vigilando abajo.

—Maldito si me seduce la idea.

Ella rió suavemente.

—Telefonaré a Talbot para que se vaya. Debe haber teléfono en el bar del hotel.

—Seguro.

—Entonces, pórtate como un caballero y cédeme tu cama.

Johnny barbotó un juramento entre dientes y, dando media vuelta, salió de la alcoba, yendo a servirse otra generosa dosis de *whisky*.

Tras él, Celeste murmuró:

—Después de todo, en otras circunstancias eso debiera satisfacerte, querido...

—Tú lo has dicho: en otras circunstancias. Toma el teléfono y despide a ese gorila de una maldita vez.

Ella descolgó el teléfono y habló brevemente. Cuando volvió a depositarlo en su lugar, comentó:

—Talbot quería subir para asegurarse de que no estabas obligándome a despedirlo con una pistola en la mano.

—Algún día habré de ocuparme de ese tipo... y de ti.

Ella se echó a reír y le quitó el vaso de la mano.

—Eso será algún día...; mientras tanto, como dijo alguien, ésta es nuestra noche.

—En todo caso, es tu noche, primor, así que ve y acuéstate. Yo me quedo en el diván.

—¿Por qué?

Él la miró con los párpados semicerrados. Sacudió la cabeza y se abstuvo de replicar.

Celeste vació el vaso, le deseó burlonamente buenas noches y regresó al dormitorio.

Ni siquiera se molestó en cerrar la puerta esta vez.

CAPÍTULO VII

Howard Craven dejó cuidadosamente el vaso sobre la mesa y paseó su mirada por los rostros de los reunidos.

Al fin la fijó en Johnny.

—Empecemos por ti, Vauvil. ¿Estudiaste los planos y demás?

—Lo hice.

—¿Y bien?

—Puede abrirse, aunque llevará algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No puedo precisarlo, Craven —rezongó Johnny, con su hablar falsamente desorbitado—. Dependerá mucho de los circuitos de alarma, o del tiempo que se tarde en neutralizarlos.

—Dalo por hecho. ¿Cuánto tiempo podrá llevarte abrir la puerta sin tener que preocuparte de la alarma?

—Bueno, pongamos cuarenta y cinco minutos.

—¿Seguro que podrás hacerlo en una hora como máximo?

—Sí.

Craven suspiró.

—Estaba seguro que lo conseguirías. Perfecto. Ése será el tiempo aproximado de que dispondremos. Por lo demás, tanto Ruyter como Gee tienen casi terminados los artefactos explosivos, de modo que por esta parte también podemos dar las cosas por hechas.

—¿Qué hay de los coches? —preguntó Briand.

—Están en el cobertizo de atrás. Tú y Skardon los revisaréis mañana por la mañana y luego los sacaremos de aquí. No quiero que cualquier curioso que acierte a pasar por las cercanías vea demasiada actividad.

Dando también este asunto por resuelto, se encaró con el técnico en electrónica.

Peter Shark tenía los ojos enrojecidos y cruzados por multitud de venillas rojas. Profundos círculos amoratados los rodeaban y su

aspecto era lamentable.

Sin levantar la voz, Craven le espetó:

—Eres una basura, Shark. Te advertí que no volvieres a beber mientras estuvieras trabajando para mí.

—Ha sido la tensión, Craven —balbució el beodo.

—Si tu parte falla cuando llegue el momento de actuar, no podremos defendernos con esa maldita excusa. Nos acribillarán a balazos.

—No fallaré, Craven.

—Estás asquerosamente borracho. ¿Cómo puedes tener seguridad en tu trabajo?

—Yo he terminado mi parte...

—¡Has terminado! —estalló Craven—. Has terminado con todas las botellas que pudiste encontrar, eso es lo que terminaste.

Shark se enderezó en su silla.

—¡No es cierto! He probado el circuito electrónico con relés. Funciona bien, seguro.

—Explícame eso con detalle.

—Puedo demostrarlo ahora mismo si quieres.

—Lo quiero.

Shark se levantó sobre sus inseguras piernas y caminó bamboleándose ligeramente hacia la puerta. Cuando regresó, minutos más tarde, traía con él una caja de cartón que dejó sobre la mesa.

De ella sacó un pequeño aparato semejante a un *walky-talky* y cinco estuches, tres de ellos de un tamaño parecido a cajetillas de cigarrillos y los otros dos mucho más grandes.

—Fíjate —tartajeó—. Esos pequeños son sólo relés electrónicos, con un electroimán. Los otros dos, más grandes, llevan además el mecanismo de relojería...

Quitó las tapas de cada aparatito y señaló el interior, explicando:

—Cuando mande la señal de radio, esos relés actuarán. Conectados con los explosivos, su actuación será sobre el fulminante en los tres pequeños, y sobre el mecanismo de relojería en los grandes. Fijaos en ellos, mientras yo mando la señal desde alguna distancia.

Tomó el emisor y salió del cuarto. Todos se inclinaron sobre la

mesa con sus miradas fijas en los artilugios electrónicos, incluida la silenciosa muchacha, que continuaba manteniéndose en un discreto segundo plano.

Pasaron unos minutos en tenso silencio. De pronto, de los cinco aparatos surgió un seco chasquido y todos vieron el impulso que movía el relé.

Tras esto, los dos más grandes comenzaron a emitir un ligero y suave

tic-tac,

demonstrando que el mecanismo de relojería se había puesto en marcha.

Se echaron atrás, impresionados, mientras Craven suspiraba satisfecho. Encendió un cigarrillo, y apenas había dado las primeras chupadas al pitillo cuando Shark entró de nuevo en la estancia.

—¿Funcionaron? —preguntó, displicente.

—Sí —dijo Craven—. Funcionaron. Para esos dos.

El técnico manipuló en los dos mecanismos de relojería y el sonido cesó.

Craven le contempló ya sin enojo.

—Magnífico —aprobó—. Si no fueras un maldito borracho...

Shark le interrumpió, murmurando:

—Si no fuera un borracho, no estaría trabajando para usted.

Momentáneamente desconcertado, Craven no supo qué replicar durante unos instantes. Luego, se echó a reír y exclamó:

—Eso es cierto, Shark, de modo que olvida lo que dije.

Se levantó. Lee, despegándose de la pared, se le acercó, disponiéndole a acompañarle.

—Vais a quedaros aquí esta noche —anunció el cabecilla—. Mañana tendremos la última conferencia, en la que explicaré los planes del asalto con la misión y los movimientos de cada uno.

Briand gruñó:

—Precisamente...

—¿Qué te pasa, Briand?

—Tenía una cita con un bombón que conocí en el hotel.

—Olvídala. No conviene que nadie pueda recordar a ninguno.

—Ella cree que soy un estupendo agente de seguros.

—Es mejor que no vuelvas a verla. Encontraréis comida y bebida en la cocina, y hay camas suficientes para todos arriba. ¿Alguna

pregunta, muchachos?

No hubo preguntas, y Craven salió, siempre acompañado por Lee.

Johnny comentó:

—Ese tipo debiera haber sido militar. Hubiese sido un gran estratega.

Nadie le replicó. Súbitamente, todos parecían haber perdido el humor y los deseos de hablar.

Sin embargo, el más disgustado en el fondo era él, porque si no volvía al hotel, Celeste no podría ponerse en contacto con él. Si la mujer imaginaba una traición, no cabía duda de que Sheila sería quien lo pagaría.

Disimuló su estado de ánimo al levantarse y anunciar:

—Voy en busca de una buena cama. Hasta mañana, muchachos.

Algunos contestaron y otros no.

Subió las escaleras y, cuando llegaba arriba, escuchó el zumbido de un coche alejándose de la casa.

Se preguntó si Craven se marchaba solo o le acompañaba Lee.

Sin embargo, al día siguiente, Craven no apareció en todo el día.

Lo pasaron jugando a cartas, fumando y bebiendo y aburriéndose.

Vieron a Lee un par de veces por la mañana, pero luego desapareció en alguna parte, y Johnny se preguntó qué podía estar haciendo una mujer como ella durante horas y horas sola en cualquier cuarto del caserón.

Los únicos que tuvieron algo concreto que hacer fueron los dos hombres destinados a conducir los coches. Invirtieron un par de horas en revisarlos concienzudamente y cuando regresaron parecían satisfechos.

Briand gruñó:

—Son unos buenos cacharros. Craven supo elegirlos cuando los compró. Además, son coches que no dejan huella. Les han borrado todos los números de identificación, tanto del motor como del chasis y la carrocería.

—Coches de profesional —remachó Skardon, con su voz gruñona.

Cerró la noche y todos se espabilaron para agenciarse algo de comer, y más tarde, mientras estaban sentados en torno a la mesa,

Johnny gruñó:

—Opino que Craven lo toma con mucha calma. Él dijo que vendría hoy y no se ha presentado. ¿Vamos a quedarnos confinados aquí hasta que a él se le antoje?

Ruyter bufó:

—Empiezo a sentirme como si estuviera en una cárcel.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Lee. La muchacha se detuvo en el umbral y murmuró:

—Hay un espía rondando la casa. Lo vi desde la ventana de mi habitación.

Todos se levantaron de un brinco. Kroger hundió la mano bajo la solapa y volvió a sacarla empuñando una pistola de gran calibre.

—¿Dónde? —preguntó, solamente.

—Estaba moviéndose cerca del cobertizo. Después descubrí un movimiento en un extremo, como si se aproximara a la parte posterior de la casa...

—Está bien, le cazaré —prometió Kroger—. Si es un espía, seguro que no estropeará mi negocio de cincuenta mil dólares. Encended más luces en la planta baja para confiarle mientras yo salgo a buscarle.

Ruyter dijo:

—Voy contigo. Yo también estoy armado.

—Muy bien, entonces saldremos por la puerta, dejando apagada la luz del vestíbulo para que no nos delate. Al salir nos separaremos y rodearemos la casa en dos direcciones. Nada más que ten cuidado de no volarme la cabeza a mí si damos toda la vuelta sin encontrarlo. ¿Entendido?

—Me parece bien.

Ambos salieron apresuradamente de la estancia. Lee retrocedió y fue a encender las luces de un par de habitaciones más.

Johnny encendió un cigarrillo, inquieto. Tenía el presentimiento de que todo aquello tenía que ver con él. Quizá Celeste se había cansado de esperarlo en el hotel, pensando que la había traicionado, y trataba de localizarle ahora.

Lo inexplicable era que hubiera descubierto su paradero. Ese razonamiento le tranquilizó porque ella no podía saber dónde estaba.

En aquel instante retumbó el seco ladrido de una pistola.

Alguien gritó y disparó a su vez con un arma de distinto calibre.

—¡Ya lo tienen! —jadeó Shark. Agarró una botella y se llevó el gollete a los labios, bebiendo glotonamente sin perder tiempo con los vasos.

Hubo dos disparos más, y luego, una sucesión endiablada de detonaciones que retumbaron en el silencio de la noche como cañonazos.

Skardon, tenso, refunfuñó:

—Afortunadamente, estamos en un lugar aislado; de lo contrario, ya tendríamos aquí a toda la policía del estado...

Las pistolas callaron de pronto. Briand se deslizó hasta la ventana y la abrió, atisbando la oscuridad.

—¿Lo tienes, Kroger? —gritó.

—Sí.

Se precipitaron fuera, saltando por el ventanal abierto. Johnny se disponía a salir también cuando Lee murmuró:

—Tú, no, Vauvil.

—¿Por qué no?

—Eres demasiado valioso. Si hieren o matan a cualquiera de los otros, Craven puede sustituirlo fácilmente. Pero a ti no habría modo, ¿entiendes?

Él sonrió con ironía:

—Creo que sí... Me gusta la manera como velas por los intereses de tu jefe.

Ella le dirigió su brillante mirada inquieta, pero no replicó.

Hubo un breve tumulto fuera y luego los pasos de todos, que se aproximaban. Un golpe sordo en la entrada y sus voces excitadas.

Cuando entraron, arrastraban un corpachón gigantesco. Johnny contuvo el aliento al reconocer a Talbot, a pesar de la sangre que ensuciaba su rostro.

Lee indagó:

—¿Está muerto?

Kroger cloqueó con una risa espeluznante.

—¿Viste alguna vez un tipo que pueda vivir con un plomo en los sesos? Claro que está muerto.

—Registradle...; hay que saber quién era y qué buscaba aquí.

—De cualquier modo, no era nadie inocente que se hubiese extraviado —graznó Ruyter—. Disparaba como un demonio.

Le volvieron los bolsillos al revés, pero, excepto tabaco, un estuche de cerillas y un billete de autobús, no llevaba nada más encima, excepto la funda de una 45 automática en la axila.

—Profesional —dijo Skardon.

Lee había tomado el billete de autobús y estaba examinándolo.

—De San Francisco —anunció—. Y lleva fecha de dos días atrás.

Se originó una breve discusión tratando de adivinar qué estaba buscando aquel hombre merodeando por los alrededores de la granja. Lee sugirió que quizá había algún cómplice todavía, pero apenas le hicieron caso.

Johnny, interesado en que no pudieran relacionar a Talbot con nada que le afectase, sugirió:

—Quizá Craven intentó controlarlo al principio y él no aceptó... Pudo ocurrírsele averiguar qué clase de negocio estaba ventilándose para sacar su propia tajada.

—Eso tiene sentido —convino Briand.

—¿Sabes algo de eso, muñeca? —interrogó a Lee.

Ésta sacudió la cabeza.

—Habrà que esperar a Craven.

—Que no tarde mucho —dijo Skardon, de mal talante—. No pienso quedarme encerrado aquí mucho tiempo.

No obstante, ninguno abandonó el caserón hasta la llegada del cabecilla, al anochecer del día siguiente.

CAPÍTULO VIII

Craven examinó el cadáver y soltó una sarta de maldiciones.

—Nunca había visto a ese tipo antes de ahora —masculló—.

¿Estáis seguros de que ninguno le conoce?

Todos sacudieron la cabeza de un lado a otro.

Sin embargo, Lee murmuró:

—Yo creo recordar que vi esa cara una vez...

Johnny contuvo el aliento, mientras los demás miraban a la muchacha con expectación.

—¿Tú? —se asombró Craven—. ¿Dónde?

—No estoy segura, Howard... Tiene el rostro desfigurado ahora...

—¿Dónde crees que lo viste?

—Fue la noche que llevé la segunda hoja del plano del circuito de alarma de la caja a la habitación de Vauvil. Un hombre muy parecido estaba en el bar del hotel Galveston, en San Francisco.

Craven clavó sus ojos en Johnny.

—¿Qué tienes que decir: le viste alguna vez en tu hotel?

—No; o, por lo menos, si lo vi no me fijé en él.

—No cabe ninguna duda de que era un pistolero profesional. Manejaba muy bien la pistola y no llevaba absolutamente nada encima que pudiera servir para su identificación. ¿Qué estaba haciendo aquí, y por cuenta de quién nos espiaba?

—Quizá planeaba un asalto, creyendo que aquí encontraría algún dinero —aventuró Johnny—. Una casa aislada y solitaria como esta tentaría a cualquier ratero.

—Esa idea es absurda —bufó Craven, inquieto—. Serían demasiadas casualidades que el mismo estuviera en el bar del hotel en que se aloja uno del grupo, y que luego pensara asaltar precisamente la casa donde ese mismo tipo del hotel está reunido con todos los demás... No, ese maldito bastardo estaba espiándonos.

—Pero ¿por qué? —insistió Johnny.

—Alguien le mandó, y llegó hasta aquí siguiéndote a ti, Vauvil, cuando viniste hacia aquí la segunda vez, en compañía de Lee.

—Si fue así, yo no me di cuenta —rezongó la muchacha.

—Tuvo que ser así —insistió Craven, preocupado—. Eso puede indicar que hubo una filtración en alguna parte...

—Escucha —saltó Ruyter—; si crees que alguno de nosotros le ha dado a la lengua, creo que...

—¡Cierra el pico! Cualquier indiscreción puede haber sido suficiente... ¿Estás seguro que no hablaste con nadie del asunto en medio de una de tus borracheras, Shark?

El técnico en electrónica pegó un respingo.

—¿Olvidas que llevo varios días sin salir de aquí? —barbotó.

Johnny intervino:

—Un momento, Craven; no creo que debas sospechar de Shark en este asunto. Si esa basura es el mismo tipo que Lee vio en mi hotel, era a mí a quien estaba vigilando para seguirme. Y yo te garantizo que no me emborraché ni una vez desde que llegué a este país.

—Pudo ser la chica —dijo Lee, repentinamente. Craven dio un salto.

—¿Qué chica? —bufó.

Lee señaló a Johnny.

—Vauvil tenía una mujer en su cuarto la noche que fui allí...

Craven se revolvió, furioso.

—¿Es eso cierto, Vauvil?

—Seguro que es cierto.

—¡Maldita sea! ¿Quién era esa mujer?

Johnny comenzó a preocuparse.

—¿A qué viene eso? Nos conocimos en un bar. Ya sabes cómo suceden estas cosas. La invité y aceptó, y... Bueno, Lee llegó en un momento embarazoso y ella se ocultó en el dormitorio.

—Y eso sucedió la misma noche en que Lee vio al tipo en el bar, ¿no es cierto?

—Así es, Howard —murmuró la muchacha.

Éste bufó, inquieto.

—¿Cómo se llama esa fulana, Vauvil?

—Bueno, todo lo que sé de ella es que se llama Jenny. Ése fue el

nombre que me dio.

—¿No sabes su apellido?

Johnny sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No tiene ningún sentido —dijo Craven, entre dientes—. Aunque hubieran trabajado juntos, ¿cómo averiguaron de qué se trataba? Para tratar de espiarnos es que andaban detrás de mi plan...

De pronto, Lee se estremeció y susurró:

—Acaba de ocurrírseme, Howard... ¿No sería...?

—¿Qué dices?

—Tú me hablaste de una mujer, hace tiempo. Me contaste cómo te deshiciste de ella y el rencor que te guardaba...

—¡Celeste!

Craven soltó una catarata de insultos y maldiciones.

—Describeme a esa mujer que estuvo en tu cuarto, Vauvil —exigió, cuando logró calmar su acceso de furor.

Johnny fingió que reflexionaba y luego dijo, como si no estuviera muy seguro de acertar en la descripción:

—Es difícil definir a una mujer a la que sólo se ha visto una vez.

—No importa, adelante.

Con evidentes vacilaciones, describió a una mujer bonita con bastantes detalles, pero resultaba una descripción que igualmente podía encajar en un millón de mujeres diferentes.

—Eso no ayuda mucho —rezongó Craven—. ¿No recuerdas nada más de ella?

Johnny elaboró una mueca irónica.

—Claro que recuerdo otras cosas de esa dama, pero no sirven para la descripción.

Briand soltó una risita, pero Craven no estaba de humor.

—Lo averiguaré —afirmó—. Y si resulta que se trata de ella, podemos empezar a preocuparnos.

Kroger dijo siniestramente:

—Si crees que esa fulana significa un peligro, Craven, quien deberá empezar a preocuparse será ella. No tienes más que decírmelo y le haré una visita.

—Es una idea, Kroger...

Johnny estaba mirando a Lee y notó cómo se estremecía.

De pronto, Shark murmuró:

—¿Qué vamos a hacer con ese cadáver? Me pone enfermo nada más con verlo...

—Tú eres un tipo delicado... ¿Qué crees que podemos hacer? Enterrarlo, por supuesto.

—¿Y después? —preguntó Briand.

—Después tenemos una conferencia. La última antes del golpe.

—Me refiero a cuando termine la conferencia. No pretenderás que pasemos los días que faltan encerrados aquí, digo yo.

—Es lo más seguro, especialmente ahora, que sabemos que hay alguien interesado en nuestros asuntos.

—¿Quieres decir que no vamos a salir de aquí hasta que vayamos a realizar el trabajo? —saltó Skardon.

—Eso es exactamente lo que quiero decir. Nadie se muere por pasar unos pocos días sin emborracharse y sin mujeres. Especialmente si pensáis que después de ese pequeño sacrificio esperan cincuenta mil dólares para cada uno.

—No me gusta eso —insistió Briand.

—Tendrá que gustarte, lo mismo que a los demás.

—¿Qué pasará con el equipaje que tengo en el hotel? —indagó Johnny.

—Me ocuparé de que sea retirado y liquidada la cuenta. Y encontraré una buena explicación para los empleados.

Bebió un sorbo de *whisky* y luego decidió:

—Vamos a ver qué opináis después de ver el plan. Vamos.

Le siguieron hasta una habitación cerrada. Craven sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta. La habitación se iluminó después que encontró la llave de la luz y apareció una gran mesa parecida a las que utilizan los delineantes.

Todos se aproximaron a ella. Encima del tablero había un enorme plano de un pueblo y una serie de datos anotados en los márgenes. Rodeando el plano aparecían multitud de fotografías de edificios y calles.

—Éste es el pueblo en que está situado el Banco que vamos a atacar, muchachos. Es preciso que cada uno se familiarice con él desde ahora, así como con las fotografías.

Atónito, Ruyter exclamó:

—¡Es fantástico! ¿Qué pueblo es éste, Craven?

—Winter Lake, a unas ciento cincuenta millas de aquí.

Les concedió varios minutos para que lo admirasen, igual que a las fotografías. Después, apoyándose en el tablero de dibujo, empezó:

—Vamos a concretar. Éste —dijo, tomando una de las fotos—, es el edificio del Banco, y está situado justamente en esta esquina —señaló un lugar en el centro del plano—. Tiene una entrada lateral aquí que comunica con un corto pasillo, y por él, directamente, con el despacho del director...

De pronto, Kroger soltó un gruñido y le interrumpió:

—Espera un minuto, Craven.

—¿Sí?

—Por lo que veo, se trata de mi pueblo pequeño. Aunque tenga una sucursal bancaria, no puedo creer que haya en ella un millón de dólares ni de lejos. ¿Dónde está el truco?

Craven suspiró pacientemente.

—El Banco es pequeño, en consonancia con el pueblo. Pero a pocas millas de este hay dos explotaciones mineras, tres madereras y varias industrias en una nueva zona industrial que abrieron hace poco más de un año. Todo esto significa miles y miles de empleados, mineros y obreros, a los que se les abona sus sueldos en metálico en lugar de cheques. Sus sueldos ascienden a más de un millón cuando, como en este mes, se les une una paga especial en concepto de participación en beneficios.

—¿Estás seguro que el día veintiuno estará allí el dinero?

—Absolutamente seguro.

—Está bien; sigue, Craven.

—En el pueblo hay un *sheriff* y dos alguaciles, además de los cuatro guardianes especiales del Banco. Durante las horas de trabajo prestan servicio los cuatro. Luego, cuando el Banco cierra sus puertas, sólo quedan dos, que son relevados a medianoche por los otros. Ya hablé de la clase de tipos que son esos guardianes...

—De modo que cuando lleguemos nosotros habrá dos de ellos en el Banco, ¿eh? —rezongó Kroger.

—Seguro.

—Está bien, Craven, me ocuparé de ellos con mucho gusto sólo por lo que contaste el otro día respecto a sus sistemas.

Craven asintió, añadiendo:

—El pueblo es pequeño, y desde el asalto fracasado de que hablé

nunca ha pasado nada, si exceptuamos las habituales peleas de los sábados por la noche, de modo que es gente confiada. Eso es una ventaja para nosotros.

—¿Cómo piensas entrar en el Banco?

—Por la puerta lateral.

—¿No tiene sistema de alarma?

—Seguro que lo tiene, pero es eléctrico.

—¿Y qué con eso? No podrás cortar la electricidad del edificio sin entrar en él.

—Haremos algo mejor que eso. Una de las cargas incendiarias estallará justamente en el gran transformador eléctrico que hay aquí —explicó, señalando un lugar del plano marcado con un círculo rojo—. El transformador está instalado en una casa de ladrillo y funciona automáticamente. Una vez al día, un empleado lo revisa, habitualmente a las ocho de la mañana, así que lo que haremos en realidad será cortar el suministro eléctrico a todo el pueblo, y el incendio subsiguiente impedirá que los encargados del transformador puedan intentar siquiera repararlo o conectar cualquier otra línea de emergencia que tuvieran dispuesta.

—Ya tenemos el pueblo a oscuras —rió Briand—. ¿Qué sigue después?

—Hay que recordar que al mismo tiempo que esta carga incendiaria estallará otra en la central telefónica, y una tercera en el otro extremo del pueblo, en un almacén del que se surten las dos tiendas más importantes.

—Eso dividirá a la gente —exclamó Skardon—. No sabrán dónde acudir primero.

—Ésa es la idea. Van a estar tan ocupados que ni siquiera pensarán que nosotros estamos dentro del Banco abriendo su caja acorazada y llevándonos un millón de dólares.

Edmund Gee cacareó:

—Me parece un plan soberbio, Craven. ¿Qué opináis vosotros?

—Todos estamos de acuerdo en que es estupendo —dijo Johnny—. Pero me pregunto dónde están colocadas las cargas explosivas.

—Es cierto —dijo Craven—, falta aclarar este asunto de los petardos rompedores. Bien, tan pronto tengamos el dinero saldremos disparados por esta carretera secundaria... aquí —puntualizó, señalando el lugar del plano—. Si todo ha ido bien,

nadie nos perseguirá, primero, porque no sabrán nada del robo todavía, y segundo, porque estarán tan ocupados con los incendios que no repararán en nuestros tres coches.

—¿Tres? —saltó Briand.

—Seguro. Los dos que revisaste y el mío, en el que viajaremos Lee y yo mismo.

—Está bien, adelante.

—Seguiremos la carretera hasta el empalme de la estatal, y por esta última, hacia el Norte, durante unas veinte millas. Hay un desvío y un letrero muy grande que dice que aquella otra carretera conduce únicamente a un motel llamado Paradise, y que el establecimiento está cerrado. Ésa es la buena para nosotros. Nos instalaremos en el motel para repartirnos el dinero y después cada uno podrá tomar el rumbo que quiera.

—Todavía no has dicho nada de los petardos.

—Es cierto... Son demasiadas cosas para aclararlas todas de una vez. Bien, los dos explosivos estallarán en un puente que existe a dos millas del pueblo, después que hayamos pasado nosotros; de este modo, si alguien tiene la mala ocurrencia de perseguirnos, se encontrará imposibilitado de hacerlo.

—No cabe duda que eres un auténtico estratega —alabó Johnny, conteniendo su ira.

No concebía que aquel individuo pudiera disponer de las vidas de sus semejantes sólo para satisfacer su ambición y su vanidad. Muchas personas podían morir entre las explosiones y todo lo demás.

Sin embargo, sabía que llevaría a cabo aquel trabajo porque de ello dependía la vida de Sheila... Una vida que peligraba todavía más al haber quedado desconectado de Celeste, pues si ésta creía que la había traicionado, no dudaría en vengarse a costa de la pobre muchacha que retenía en su poder.

Decidió que por ese lado debía intentar solucionar algo por su cuenta...

Pero ya Craven estaba hablando de nuevo:

—Una vez repartido el dinero, cada uno emprenderá la ruta que quiera, solo. Todos en direcciones distintas. ¿Comprendido?

—¿Cómo puedes estar seguro de que podremos disponer de ese motel?

—Sencillamente, porque pertenece a un tipo que se encuentra en Europa. Está cerrado y es un lugar agreste y solitario. Nadie nos buscará allí, y de hacerlo, cuando se les ocurra, nosotros ya estaremos lejos.

—Muy bien —aprobó Briand—. ¿Qué harás con los coches, una vez nos separemos? Pueden ser una pista.

—En absoluto. Los abandonaré en el garaje del motel. No podrán seguir ninguna pista con ellos porque cuando los compré lo hice bajo otra personalidad.

—Otra cosa —intervino Ruyter—. ¿Quién se ocupará de colocar los explosivos?

—Tú y yo. Te ocuparás de las incendiarias y yo de las cargas del puente. ¿Más preguntas?

—Ninguna —gruñó Kroger.

—Entonces, ocupémonos de ese cadáver y después podremos acabar de concretar lo que falta.

Salieron todos, excepto Lee, que se encargó de apagar las luces y cerrar la puerta.

Cuando terminaron de cubrir de tierra la improvisada fosa de Talbot era cerca de medianoche. Bebieron en silencio, sudorosos. Craven dijo:

—Estoy rendido, de modo que seguiremos mañana ultimando los detalles que hayan quedado. Esta noche me llevaré el «Cadillac», para tenerlo dispuesto lejos de aquí, y mañana, el «De Soto». Es mejor que ahora descanséis...

Se despidió y salió con Lee.

Johnny gruñó:

—Voy a acostarme. Yo también estoy hecho polvo...

Los demás siguieron en la sala, bebiendo el último trago de la noche.

CAPÍTULO IX

Johnny entró en su habitación y cerró la puerta con llave. Sin encender la luz, abrió la ventana y dio un vistazo fuera.

Sin detenerse en reflexionar, se descolgó por el exterior y cayó de pie sobre la blanda tierra, donde permaneció unos instantes inmóvil, escuchando.

Oyó la voz de Craven en alguna parte y la de Lee replicándole. Corrió, agazapado, hacia el cobertizo donde estaban los coches y desde allí vio a la pareja cómo se acercaban enlazados por la cintura. Se detuvieron a dos pasos del cobertizo y Craven abrazó a la muchacha. Estuvieron besándose tanto tiempo que Johnny pensó si aquello no iba a terminar nunca.

Al fin ella se apartó, jadeando, y Craven dijo:

—Animo, querida, ya falta muy poco.

—Estoy asustada, Howard.

—¿Por qué? Todo va bien. Ese puñado de estúpidos son fáciles de manejar.

—No me refiero a ellos, sino al espía que hemos enterrado... ¿Qué podía buscar aquí?

—Era un hombre solo. Cualquiera sabe lo que pretendía. Quizá se trataba de un salteador. Ha visto esta granja solitaria y ha pensado que podría hacer negocio.

—Me gustaría tener tu seguridad, pero no puedo —confesó la mujer—. Hasta que todo haya terminado no viviré.

Johnny escuchaba conteniendo el aliento. Deseaba que se despidieran de una vez para intentar lo que pretendía.

Entonces oyó de nuevo a Craven y sus palabras le obligaron a aguzar el oído.

Porque el rufián dijo:

—Cuando esto acabe, vivirás como una reina, primor. Con un millón de dólares podremos ser los dueños del mundo.

—¿Crees que ninguno de ellos sospechará nada, Howard?

—En absoluto. ¿Qué podrían sospechar? Los tengo bien aleccionados, seguros de que van a embolsarse cincuenta mil dólares por cabeza y no piensan en nada más. El único un poco inteligente de todo ese rebaño es el francés, pero también Vauvil imagina lo que representarán cincuenta mil machacantes en Francia y se le hace la boca agua.

Johnny esbozó una mueca en la oscuridad. Aquello se prestaba a multitud de conjeturas y ninguna agradable.

Lee, con voz que temblaba, murmuró:

—A pesar de todo, Howard, quisiera que todo hubiera terminado.

—No te preocupes más de la cuenta, cariño. Y vigílalos discretamente. Mañana me llevaré las dos cargas explosivas, cuando venga a buscar el «De Soto», y las colocaré listas para que estallen tal como está planeado.

Se besaron de nuevo largamente. Después, Craven puso en marcha el «Cadillac» y partió, alejándose de la casa mientras la muchacha regresaba hacia la puerta, muy pensativa.

Johnny esperó todavía unos minutos, agazapado en la oscuridad. Reflexionó sobre lo escuchado y las conclusiones a que pudo llegar no fueron precisamente tranquilizadoras.

Al fin salió de su refugio, emprendiendo el camino dando un rodeo. Sabía que andando tardaría casi una hora en llegar a la carretera, y una vez allí debería perder mucho tiempo buscando una cabina telefónica, pero no veía otra solución para ponerse en contacto con Celeste, si es que eso era posible, y garantizar así la vida de Sheila.

Fue algo más de una hora lo que tardó en localizar un teléfono público. La cabina iluminada destacaba en medio de la ligera niebla, que se extendía como un sudario sobre la tierra.

Entró y marcó el número del hotel Galveston, después de introducir monedas suficientes en la ranura. Entonces apagó la luz de la cabina para que no fuera visible desde el exterior y esperó.

Cuando obtuvo comunicación, gruñó:

—Aquí Vauvil. ¿Tienen ustedes algo para mí?

—Efectivamente, señor. Una señorita ha intentado ponerse en contacto con usted repetidamente.

—¿Por teléfono o personalmente?

—Por teléfono, señor. Y ha dejado el suyo para que usted la llame inmediatamente.

—Gracias. ¿Quiere dictármelo, por favor?

Lo anotó mentalmente. Dijo que estaría ausente unos días y colgó, para volver a marcar el número de Celeste.

La voz sedosa de la mujer delincuente respondió apenas el teléfono sonó, lo que indicaba que había estado pegada al aparato esperando la llamada.

—¿Sí? Hable.

—¿Celeste?

—¡Johnny! —exclamó—. ¡Maldito seas! ¿Dónde estuviste?

—Trabajando para ti. Nos han concentrado en la granja hasta el momento del asalto. Craven y su hermosa secretaria no se fían ya de nosotros.

—Debimos prevenir esto... ¿Desde dónde me llamas?

—Estoy en una cabina telefónica, en la carretera. Tengo malas noticias para ti, primor.

—Sin rodeos, Johnny.

—¿Es de fiar ese teléfono tuyo?

—Seguro. Habla sin rodeos de una vez.

—Muy bien. Esta noche hemos enterrado a tu fiel Talbot.

—¿Qué infiernos quieres decir con eso?

—Literalmente, que lo hemos sepultado. ¿Qué clase de idiotas sois tú y él? Aunque en lo que se refiere a Talbot debo decir «era». Le sorprendieron merodeando cerca de la granja y lo cazaron a tiros. ¿Por qué diablos le mandaste espiar?

—Porque no me fío de ti. Pero no pensé que pudieran descubrirle... De modo que está muerto.

—Y enterrado.

—Comprendo. Mala suerte para él. ¿Qué es lo que has averiguado?

—Toda la operación, los detalles de cómo se llevará a cabo. Un plan muy ingenioso de tu amigo Craven.

—Está bien. ¿Dónde?

—Eso no lo ha dicho aún. Pero escuché una conversación de Craven y su amante... y estoy empezando a pensar que no piensa jugar limpio con sus socios.

—Craven nunca juega limpio, lo sé por experiencia.

—Tal para cual...

—¿Cómo?

—Olvidalo. Presumo que piensa deshacerse de todos nosotros cuando hayamos conseguido ese dinero. Un millón para él solito.

—Lo creo. ¿Cómo va a hacerlo?

Rápidamente, Johnny le dio los detalles que conocía y al final añadió:

—Por lo que he oído, creo que las dos cargas explosivas las instalará una en cada coche de los que debemos utilizar nosotros.

—Pero, entonces, volarán los coches cuando empiece precisamente el trabajo.

—No. Esas cargas van equipadas con un detonador de tiempo. Estallarán sesenta minutos después que las incendiarias.

—Ahora lo comprendo... Debí suponer que jamás repartiría un millón con nadie. Está bien, quizá eso ayude a mis planes. ¿Cómo volverás a comunicarte conmigo?

—No lo sé. He corrido grandes riesgos para hacerlo esta vez, pero quería estar seguro de que no cometerías ninguna salvajada con Sheila.

—No le sucederá nada mientras sigas operando a mi lado, Johnny.

—Entonces está bien. Trata de estar permanentemente en ese teléfono hasta que se me presente la oportunidad de decirte dónde daremos el golpe. Te llamaré si puedo.

—No me moveré de aquí, querido, aunque esto es muy aburrido. Si por lo menos...

—¿Qué?

Oyó una ligera risita.

—Nada, olvidalo. Buena suerte.

—No parece haberte afectado mucho la muerte de tu perro guardián.

—Talbot fue un estúpido al dejarse sorprender. Mala suerte para él. Procura que no tenga que decir lo mismo de ti.

—Claro, claro... Voy a colgar ahora. Debo volver antes de que descubran que he salido.

—Estaré esperando tu llamada, Johnny.

Colgó, volvió a encender la luz y emprendió el regreso a la vieja

granja. Estuvo reflexionando todo el camino sobre los planes que adivinaba elaborados por Craven. Si estaba en lo cierto, planeaba matarlos a todos ellos tan pronto tuviera el millón de dólares en su poder por medio de los dos coches en los que forzosamente deberían viajar.

Recordó que él y Lee ocuparían otro, y sonrió al pensar en eso. Quizá aún hubiera una probabilidad de librarse y evitar el gran crimen.

Cuando llegó a las inmediaciones del edificio se ocultó en las sombras del cobertizo que servía de garaje. No se veía una sola luz en toda la casa.

Se deslizó como una sombra hasta el pie del muro y escuchó con todos los sentidos alerta.

Oyó los mil rumores de la noche, el canto de los insectos nocturnos y el susurro de la brisa entre el ramaje de los árboles.

Avanzó hacia la esquina, en busca de la ventana por la que colarse al interior.

Nunca supo de dónde surgió la sombra, porque antes de verla notó el duro contacto en su costado y una voz susurró:

—Si mueves un dedo te parto por la mitad, sucio traidor...

Petrificado, Johnny tensó todos los músculos. Había reconocido la voz de Herbert Kroger, el gruñón pistolero de la pandilla.

—¿Qué diablos te pasa a ti? —Gruñó—. Sólo fui a dar una vuelta. Tenía los nervios de punta, encerrado tanto tiempo.

—¿De veras? No me digas... En todo caso, ha sido un paseo muy largo.

—¿Largo? Si apenas me alejé...

—¿Crees que soy idiota? Estuve siguiéndote todo el tiempo. Te vi salir por la ventana y quise ver qué te traías entre manos. Fuiste a la carretera y telefoneaste a alguien. ¿A quién, bastardo francés?

—De modo que me seguiste...

—Ni más ni menos. Quiero saber a quién llamaste, antes de dar cuenta a la chica y a Craven. Y déjame decirte que no me fié de ti desde que te vi. Odio a los franceses.

Johnny suspiró, buscando desesperadamente una salida a semejante atolladero.

—Tú ganas, Kroger —dijo—. Fui a llamar a mi chica. Está en un hotel y...

—Tendrás que inventar algo mucho mejor para convencer a nadie, sucio traidor. Te vi espiar a Craven cuando se marchaba.

Eso le dio una idea a Johnny para ganar tiempo, aunque con una mente obtusa como la del pistolero no confió mucho en el éxito.

—Está bien, voy a decirte la verdad, Kroger. Escuché lo que hablaron Craven y su amiguita... ¿Sabes lo que planean?

—Claro que lo sé. Nos lo explicó detalladamente, creo yo.

—No, ellos piensan liquidarnos después del asalto para no tener que repartir nada con nosotros.

—¡Maldito seas! ¿Crees que puedes engatusarme así de fácil?

Kroger levantó la pistola y golpeó a Johnny en un lado de la cabeza, enfurecido. El excombatiente de Vietnam trastabilló a causa del golpe y al fin quedó apoyado en la pared, tenso y enfurecido como un demonio.

Tras él, Kroger farfulló:

—¡Voy a hacerte pedazos!... Después podrás contarnos la verdad.

Ése fue su error. Confiar en su fuerza y en su pistola.

Naturalmente, él no podía saber la clase de entrenamiento a que Johnny fuera sometido antes de su encuadramiento en la unidad especial con la que combatió, tras las líneas enemigas.

Se echó sobre él con la pistola empuñada igual que una maza. Sólo que cuando golpeó, Johnny ya no estaba donde él creía, y algo semejante a un cuchillo se hundió en su plexo solar.

No eran más que los dedos rígidos de su enemigo. Unos dedos como varillas de hierro que le obligaron a doblarse con una angustiada sensación de muerte en las entrañas.

Al instante, la mano derecha de Johnny se aferró a la pistola, y, simultáneamente, su izquierda subió y bajó como un rayo. El golpe estalló en la nuca del pistolero con un seco hachazo que quebró su cuello con la misma facilidad que si hubiera sido una caña.

La pistola quedó en la mano de Johnny mientras Kroger caía de bruces sin un suspiro.

Estaba muerto mucho antes de caer al suelo.

CAPÍTULO X

La mañana siguiente empezó como otra cualquiera. Johnny bajó a desayunar sin advertir el menor signo de excitación, lo que demostraba que no habían descubierto el cadáver de Kroger todavía.

Lee apareció irnos momentos para asegurarse de que todo estaba en orden y luego se retiró de nuevo.

No fue hasta una hora más tarde cuando llegó Craven, y él fue quien descubrió el cuerpo tirado en el jardín.

Se armó un buen revuelo, y esta vez la alarma subió de tal modo que Howard Craven olvidó su sempiterna seguridad y por un buen lapso de tiempo demostró cuán asustado estaba.

Lee murmuró:

—Eso indica que anoche hubo otros espías en torno a la casa...

—Esa perra —masculló Howard—. Ahora estoy casi seguro que se trata de ella.

—¿De Celeste?

—¿Quién, si no? Sólo ella puede odiarme hasta el punto de intentarlo todo para vengarse. Y supe hace tiempo que había reunido un grupo de pistoleros... tipos de poca monta. Deben ser los que merodean por aquí.

Johnny carraspeó.

—¿Qué piensas hacer? Si nos espían, pueden dar al traste con todos nuestros planes, Craven.

—¡Lo sé, lo sé! He de localizar a esa maldita zorra.

Shark murmuró:

—Quizá fuera mejor olvidar todo este asunto, antes de que esa gente acabe con todos nosotros...

—¿Olvidar un millón de dólares? —estalló Craven—. Tú estás loco.

Lee intervino:

—De todos modos, algo tenemos que hacer, Howard. Y pronto.

Johnny se mantuvo callado. Notaba el creciente nerviosismo de todos ellos y, por su parte, reflexionaba en busca de una idea que sirviera para sus planes.

Varias veces creyó encontrarla, pero en cada ocasión surgían inconvenientes que era preciso tener en cuenta.

Oyó que Lee murmuraba:

—Será preciso establecer tumos de vigilancia, Howard...

—Y de dos en dos. No voy a correr más riesgos. Entretanto, ultimaremos los preparativos y daré los pasos necesarios para localizar a esa maldita bruja...

—¿Crees que podrás encontrarla?

—¿Cómo voy a saberlo? —Gruñó, violentamente. Hubo un corto silencio. Luego, encarándose con Shark, le preguntó:

—¿Estás completamente seguro que los detonadores están bien calculados?

—Sé lo que hago, Craven. Llevan una célula milimétrica. Estallarán a la hora programada, a menos que alguien les mande un impulso electrónico fuera de tiempo.

—¿Qué clase de impulso?

—Uno más potente que el que llevan programado.

—Explícame eso. No me gustaría que recibieran una interferencia de cualquier emisora de radio y...

—Eso es imposible. No hay ninguna emisora, ni pública ni privada, que trabaje a esa frecuencia. Puedes estar tranquilo por ese lado.

—Está bien. Cuando me vaya me llevaré el «De Soto» y las dos bombas, para tenerlas a mano. Ahora hemos de enterrar a Kroger y establecer tumos de vigilancia noche y día hasta que nos vayamos de aquí.

Johnny comentó:

—Si esto durase más tiempo, convertiríamos el jardín en un cementerio...

—Tu sentido del humor es nauseabundo, Vauvil —refunfuñó el cabecilla, de mal talante.

Una nueva fosa fue excavada, y el cadáver del pistolero desapareció bajo tierra.

Howard Craven se encerró en la habitación de Lee en compañía

de la muchacha y ambos permanecieron allí más de una hora.

Después, desde una ventana, Johnny vio marcharse a Craven a bordo del «De Soto». Una idea endiablada estaba dándole vueltas en el cerebro... Una idea que ofrecía múltiples perspectivas de éxito.

Afectando un soberano aburrimiento, deambuló por la casa sin aparente rumbo. Incluso entró en la cocina, hasta que le asignaron un turno de vigilancia, y entonces no se movió del jardín.

Al anochecer encontró lo que buscaba: una buena provisión de *whisky*.

Suspiró, llevándose un par de botellas, con las que entró en la sala donde los demás mataban el tiempo con las cartas en la mano.

—¡Eh, mirad lo que encontré! —anunció, enarbolando las botellas.

Fue recibido con alborozo. Se aprestaron los vasos y bebieron un par de veces como si tuvieran prisa por terminar con el licor.

Ruyter chasqueó la lengua.

—Estaba haciéndome mucha falta —cacareó—; esto era demasiado aburrido.

Shark se había apoderado de una botella y, tras refugiarse en un rincón, bebía despacio, con los ojos cerrados, dejando resbalar el alcohol por su garganta como si se tratara del rito de una religión pagana.

En el tiempo que Johnny y Ruyter tardaron en beber las tres cuartas partes de la botella, Shark vació la suya.

Sólo entonces, Ruyter empezó a preocuparse.

—A Craven no va a gustarle eso, amigo. Mira a Shark...; ordenó que no bebiera nada. Y están los otros...

—No te apures, hombre. Quedan muchas botellas donde las encontré. Están bien guardadas en la alacena disimulada bajo la escalera de la cocina.

Encendió un cigarrillo. Ruyter comenzaba a mostrarse más hablador que de costumbre.

Shark abrió los ojos, enderezándose.

—Me voy a dormir —tartajeó.

Pero cuando abandonó la sala, Johnny vio que en lugar de dirigirse a las escaleras se encaminaba a la cocina.

Ocultó una sonrisa de satisfacción.

De nuevo entró de guardia en compañía de Ruyter.

Su turno terminaba a la una de la madrugada. Esperó esa hora con impaciencia mal disimulada, hasta ver aparecer a los otros dos.

Skardon venía refunfuñando.

—Ese maldito borracho nos la ha pegado —anunció—. Está igual que muerto en su cama. No le despertaría ni un terremoto, y habíamos quedado que él ocuparía el lugar de uno de nosotros, corriendo así los turnos...

—Está bien —terció Johnny—, podemos arreglarnos sin él. Después de todo, hace una buena noche.

—Buena para dormir —refunfuñó el experto en explosivos.

Entraron en la casa. Johnny, con voz indiferente, preguntó:

—¿Se llevó ya los explosivos el jefe?

—Seguro. Sólo quedan los incendiarios.

—Bueno, voy a acostarme.

Subió a su habitación y, tumbándose sobre la cama, esperó.

Captó cómo caía el silencio en toda la casa. Escuchó los pasos de Lee bajando a la planta baja y luego regresando a su habitación.

Aquélla era la habitual ronda de la muchacha antes de acostarse.

Johnny continuó inmóvil, a oscuras, esperando... Pasó casi otra hora. Al fin, se levantó y, acercándose a la puerta, escuchó con todos sus sentidos alerta.

No oyó nada, de modo que se deslizó al pasillo y, pisando como un gato, se coló en la habitación de Shark.

Cerró la puerta silenciosamente, oyendo la pesada respiración del técnico en electrónica.

Plantándose al lado de la cama, Johnny intentó despertarlo. No era difícil darse cuenta de que aquel desgraciado no volvería a la vida hasta muchas horas después.

Descubrió dos botellas vacías sobre la rasgada alfombra. Por lo visto, Shark había hecho acopio de provisiones líquidas antes de acostarse.

Siempre moviéndose como una sombra, Johnny cerró la puerta con llave, corrió las cortinas y encendió la luz.

Miró a su alrededor. Sobre una mesa había un complicado aparato electrónico y multitud de materiales que Shark desechara al hacer su trabajo.

Tras unos minutos de inspección entre todo aquel revoltijo, Johnny puso manos a la obra...

CAPÍTULO XI

Al fin, todo estaba preparado para el gran golpe. Craven repitió sus instrucciones una vez más, con todos los hombres y Lee reunidos en el lugar de costumbre.

—Si cualquiera tiene la menor duda, éste es el momento de decirlo, muchachos —proclamó—. Cuando el trabajo haya empezado, ya no será posible rectificar; así que...

Se cambiaron algunas miradas tensas entre ellos. Ninguno despegó los labios.

Dirigió una mala mirada a Shark, al que había insultado hasta el agotamiento por haberse embriagado la noche anterior.

—¿Todo conforme, maldito beodo?

Shark pareció encogerse sobre sí mismo.

—Seguro, Craven...

—Si algo falla, te arrancaré la piel a tiras. Ahora, escuchadme un minuto más, y los que están de turno allá fuera podrán volver a su puesto.

Esperaron, impacientes. Después de una pausa efectista, el cabecilla dijo:

—Cuando yo venga mañana a buscaros, las dos cargas de explosivos estarán ya colocadas en su sitio.

Recordad que a partir del mismísimo minuto que empecemos el «trabajo» tendremos el tiempo luchando contra nosotros. Una demora y podríamos caer para siempre en ese poblacho.

Asintieron, lo cual pareció satisfacerle.

Skardon y Shark salieron fuera, para vigilar en ese primer turno nocturno.

El cielo aparecía brillante de estrellas, invitando a salir al exterior. En lugar de eso, Johnny, despidiéndose, se encerró en su cuarto.

Poco después escuchó las voces de Craven y de Lee. Al cerrarse

una puerta, las voces se extinguieron. Comprendió que los dos habían entrado en la habitación de la muchacha.

Entonces se deslizó por el pasillo, pegándose a la puerta de la pareja.

Sus voces sonaban quedas, apenas un murmullo. Decepcionado, comprendió que sería imposible averiguar qué era lo que planeaban y regresó a su cuarto.

A oscuras, desde la ventana, intentó localizar a los dos hombres que vigilaban, pero era una tarea imposible, por cuanto estaban bien ocultos entre las altas hierbas.

Nervioso e impaciente, regresó a la cama. Quedaban muy pocas horas por delante, y al mismo ritmo que se extinguía el tiempo, se agotaban también las posibilidades de evitar el gran crimen.

Toda la casa estaba a oscuras y en silencio cuando oyó salir a Craven de la habitación de Lee. Cuchichearon en el pasillo durante unos minutos y luego se encaminaron a las escaleras.

Justo en aquel instante una pistola tronó abajo, haciendo añicos el silencio de la noche.

Johnny salió de la habitación a toda velocidad. Llegó a tiempo de ver precipitarse por las escaleras a la pareja, al tiempo que se encendían las luces, y se preguntó para quién deberían abrir la próxima tumba.

Llegó abajo cuando ya Craven había salido al exterior. Lee permanecía pegada a un lado del portal, muy pálida.

Por las escaleras aparecieron también los demás, alarmados, preguntando todos a la vez.

En el jardín a oscuras, la voz de Ruyter bramó:

—¡Está cerca del garaje!

—¿Le diste?

—Creo que no... Corría demasiado para estar herido.

Johnny salió en tromba, corriendo detrás de los tres hombres que le precedían. En la mano llevaba la pistola que les habían facilitado para la vigilancia.

Ante él, Craven rugió:

—¡Rodeadlo, que no escape!

Se desperdigaron en distintas direcciones. Johnny frenó su carrera, agazapándose entre los arbustos y avanzando entonces cautelosamente.

Llegó así junto a Craven, silencioso como una sombra.

—¿Lo ha visto usted, Craven? —murmuró.

El cabecilla pegó un salto, volviéndose.

—¿Cómo diablos se acercó sin que le oyera?

—Todavía no quiero que me vuelen los sesos. ¿Lo vio o no?

—Ruyter le vio. Dice que corría hacia los garajes al verse descubierto.

—Bueno.

Apartándose de su jefe, Johnny volvió a desaparecer en las sombras. Craven no pudo evitar un largo escalofrío porque en toda su vida había visto deslizarse un hombre con aquella agilidad y un silencio tan absoluto.

En medio de los arbustos, Johnny se movió cual una sombra fugaz. Despacio, relajado, pero con los sentidos alerta, escrutando las tinieblas y preguntándose quién sería esta vez.

Estaba seguro que Celeste había sido lo bastante estúpida como para mandar a otro de sus esbirros. Aquella mujer no confiaba ni en ella misma, y su misma ruindad la obligaba a obrar de una manera absurda y suicida.

Murmuró una sarta de maldiciones dedicadas a Celeste para sus adentros, al tiempo que se aproximaba cada vez más al garaje.

Oía el ruido de los demás. Por primera vez pensó que en aquella oscuridad podían llegar a tirotearse entre ellos mismos, y eso frenó un poco su avance.

Tanto Craven como los demás producían un ruido escandaloso en medio del silencio de la noche. Ninguno de ellos hubiera sobrevivido en Vietnam más allá de unos minutos.

Pero no estaban en las selvas mortales de la vieja Indochina.

Ese pensamiento le resultó más consolador que los anteriores y se tendió pegado al suelo.

Casi inmediatamente, alguien empezó a disparar. Distinguió los fogonazos en la ventana del garaje y masculló un juramento. El muy estúpido se había metido de cabeza en una trampa.

Un hombre lanzó un alarido, alcanzado por el plomo.

Pero ya los otros concentraban su fuego contra aquella ventana, al tiempo que Johnny seguía quieto en su escondrijo. No quería matar al espía hasta tener todos los hilos de aquel embrollo en sus manos.

Otro de los secuaces de Craven acusó el impacto de una bala, dejando oír un alarido de muerte.

Johnny decidió acercarse un poco más. Estaba llegando al borde del claro cuando el fragor de los disparos cesó casi de repente.

Muy cerca, oyó la voz queda de Craven que mascullaba:

—Ya no dispara.

Skardon replicó:

—Quizá le hemos acertado.

—Lo difícil es averiguarlo.

El silencio se prolongó durante cinco eternos minutos. Al fin, un hombre saltó al centro del claro y corrió agazapado hasta el portalón del garaje, que estaba abierto de par en par.

Nadie le disparó.

El temerario individuo desapareció en el interior, hubo una pausa, y luego, la voz excitada de Skardon gritó:

—¡Eh, Craven!

—¿Está muerto? —preguntó éste.

—Completamente. Pero es una mujer, no un hombre.

Un estremecimiento sacudió a Johnny, obligándole a levantarse de un brinco y correr hacia el garaje.

Todos coincidieron allí al mismo tiempo. El cuerpo yacía al pie de la ventana y sin la menor duda pertenecía a una mujer.

—¡La luz! —ordenó Craven.

Alguien encontró la llave en la pared y la luz del techo brilló.

Johnny contuvo el aliento.

El cadáver era el de Celeste.

Había recibido una bala en la cabeza y su aspecto era nauseabundo.

Craven juró en voz alta, inclinado sobre el desmadejado cuerpo.

—Así que se trataba de Celeste —gruñó—. Estaba casi seguro. Encontró lo que andaba buscando.

—¿Ésa es la mujer de que nos habló?

—La misma. ¿A quiénes hirió antes de morir?

Se cambiaron miradas intrigadas.

Faltaban Briand y Edmund Gee.

Los encontraron tirados entre las altas hierbas, muertos y cubiertos de sangre. Celeste había cobrado un alto tributo antes de morir a su vez.

Johnny necesitó hacer un terrible esfuerzo para disimular sus sentimientos. No lamentaba demasiado la muerte de aquella despiadada mujer, pero su muerte le planteaba un problema de urgencia, porque los pistoleros que custodiaban a Sheila no titubearían en eliminarla cuando vieran que estaban perdidos, sin Celeste... cuya muerte, probablemente, le achacarían a él.

—Tuviste razón, Vauvil —exclamó Craven, de pronto—. A este paso convertiremos este jardín en un cementerio...

Lee apareció de pronto. Sus ojos inquietos se fijaron en los dos cadáveres y luego miró interrogante a Howard Craven.

—Acertamos, querida. Era Celeste quién estaba detrás de todo este espionaje.

—¿Escapó?

—No... cayó dentro del garaje. Eso termina nuestras preocupaciones.

—Suponiendo que no tuviera más cómplices —aventuró Johnny, calmosamente—, en cuyo caso vendrán otros.

—No les daremos tiempo. Nos largaremos de aquí esta misma noche —dispuso Craven, furioso—. Enterraremos los cuerpos y nos esfumaremos. ¿Alguna objeción?

Nadie habló, y poco después estaban atareados abriendo las improvisadas sepulturas.

No terminaron hasta casi el amanecer, sudorosos, cansados y furiosos por aquel esfuerzo. Craven les reunió en la casa mientras Lee se apresuraba recogiendo el equipaje y revisándolo todo para que no quedara ningún rastro comprometedor para ninguno de los que habían vivido allí.

Cuando todo estuvo preparado, Craven carraspeó y después dijo:

—Las armas, muchachos. Yo las guardaré hasta el momento del trabajo.

Eso levantó un sordo murmullo, que acalló el cabecilla añadiendo:

—No quiero correr el menor riesgo. Si cualquiera lleva un arma en el bolsillo y se encuentra envuelto en una pelea, lo más fácil es que la use. ¿Está claro?

Refunfuñando, entregaron las pistolas. Shark preguntó:

—¿Qué hago con el equipo electrónico que quedó?

—Nos lo llevaremos también. Que alguien te ayude a trasladarlo

a uno de los coches.

—Yo lo haré —se ofreció Johnny.

Y siguió a Shark hacia su habitación.

Los dos coches siguieron uno detrás del otro durante unas millas, hasta el desvío que Graven había indicado. Allí se separaron. El que llevaba el cabecilla y Lee, en compañía de Ruyter y Skardon, prosiguió hacia el lugar que hasta entonces había servido de alojamiento exclusivo de Craven.

El otro, llevando el equipo electrónico, a Shark y a Johnny, torció para dirigirse al cercano pueblo, donde ambos se alojarían.

Un par de millas más adelante, Johnny comentó:

—Me pregunto si en ese refugio de Craven estarán también el «Cadillac» y el «De Soto» que utilizaremos en el asalto...

—Él dijo que los guardaría allí hasta el momento de utilizarlos. ¿Por qué te preocupa eso?

—No me preocupa en realidad... ¿Tú sabes a qué distancia queda?

—¿Qué?

—El refugio.

—Sólo aproximadamente. Llegarán allí antes que nosotros al pueblo.

—Ya veo.

—Haces muchas preguntas, francés.

—Soy un tipo muy curioso.

Ninguno de los dos habló durante un buen rato.

Las millas quedaron atrás y, de repente, Johnny insistió:

—¿Tú crees que ya habrán llegado?

—Seguro. Y no empieces otra vez. No tengo ganas de hablar.

—Perfecto, muchacho. Para el coche.

—¿Para qué? Quiero acostarme, Vauvil. Está amaneciendo, si es que no te has dado cuenta.

—¡Para el coche!

Shark refunfuñó, pero detuvo el vehículo, intrigado.

—¿Y ahora qué? —Gruñó.

—Ahora voy a decirte algo, amigo... Algo respecto a los dispositivos electrónicos que fabricaste para que estallaran las dos cargas explosivas.

—¿Qué pasa con eso? Están calculados al segundo.

—Todo puede fallar en este mundo. Pero no es de eso de lo que quiero hablarte. Craven no colocará esas cargas en el puente, sino una en cada uno de los coches que debemos utilizar para escapar. Cuando estallen, nos mandarán a nosotros al infierno y él se quedará con todo el botín... y se librará de los peligrosos testigos que algún día podrían comprometerle.

—¡Has perdido la chaveta, Vauvil!

—Las cargas están ya instaladas a estas horas. Por eso se las llevó con tanta antelación.

—¡Craven juega limpio! —exclamó Shark, impetuosamente.

—Limpio como un estercolero. —La risita de Johnny sonó unas notas demasiado alta.

El técnico en electrónica abrió la boca para seguir defendiendo a su jefe, pero ya no tuvo ocasión. Johnny le descargó un trallazo en el mentón que lo levantó del asiento. Su cabeza golpeó contra la capota del coche, y Shark no era hombre para encajar un golpe semejante.

Así que cayó sobre el volante y allí se quedó hecho un ovillo.

Johnny bajó del auto, le dio la vuelta y abrió la portezuela. Tomó el cuerpo inerte y, como si fuera una pluma, lo trasladó a la cuneta, dejándolo tendido allí. Shark respiraba como si realmente estuviera dormido tranquilamente.

Regresó al coche, lo puso en marcha y se alejó hasta encontrar un lugar donde darle la vuelta en la estrecha carretera. Entonces giró y regresó a toda velocidad por dónde viniera antes.

Recorrió unas veinte millas tan solo, con la intención de acercarse lo más posible al lugar donde Craven tenía su refugio secreto. Ignoraba dónde estaba éste, pero, después de todo, eso no importaba mucho.

Sacó el auto de la pista, paró el motor y apagó las luces. Luego pasó al departamento posterior, donde estaba el equipo electrónico que él había manipulado. Conectó unos cables, sacó otros que llevó hasta la batería del auto, conectándolos a los bornes, y respiró profundamente.

Si Craven hubiese sabido quién era él en realidad, si hubiera hecho mejores averiguaciones, tal vez se hubiera inquietado al saber que, en los terribles entrenamientos a los que sometían a las fuerzas especiales destinadas a operar detrás de las líneas enemigas,

en Vietnam, incluían también un extenso curso de electrónica...

Pero el cabecilla del crimen no pensaba en nada de eso. Había llegado a su refugio, una casa sencilla, rodeada de un pequeño jardín, como las había a centenares en los alrededores del pueblo industrial que había elegido.

No había garaje, sólo un cobertizo, bajo el que se guarecían el «Cadillac» y el «De Soto», llenándolo por completo, de manera que el auto en el que hicieron el viaje se quedó fuera, adosado al garaje improvisado.

Acababan de apearse. Precisamente Skardon estaba diciendo:

—Ahora habrá que cambiar algo todos los planes, Craven...

—Ya pensé en eso.

—Alguien deberá estar listo para conducir el otro coche cuando escapemos.

Craven y Lee cambiaron una mirada de inteligencia. En los ojos de la muchacha había un interrogante, que él despejó haciendo un ligero gesto afirmativo con la cabeza.

Ruyter descargaba el equipaje. Skardon se había acercado al «Cadillac», pensativo, y Howard Craven y su amante le contemplaban con cierta sorna.

En aquel instante, en las entrañas del gran vehículo sonó una especie de chasquido apenas audible.

—¿Qué fue eso? —Gruñó Skardon.

—¿Qué?

—¿No oíste?

—Nada.

—Sonó dentro del coche...

Craven enarcó las cejas.

Fue lo último que hizo.

El «Cadillac» y el «De Soto», juntos, se convirtieron en un volcán. Hubo una tremenda llamarada y todo alrededor de los coches se desintegró. Hombres, tierra, casa, el otro auto, todo voló por los aires en medio de una llamarada colosal y una espesa y negra humareda...

Después, cuando todo ello empezó a descender, ya no era como había sido; sólo eran fragmentos.

Fragmentos de hombres, de tierra, de casa, de otro auto...

El impulso electrónico desencadenado por Johnny a distancia

había detonado las cargas mucho antes de lo que el diabólico Craven calculara, aunque eso Johnny no pudo saberlo con seguridad hasta más tarde.

CAPÍTULO XII

Agazapado en la sombra, observó la oscuridad del viejo edificio.

Había luz en una habitación de la planta baja, una luz amarillenta que se filtraba por las rendijas de unos postigos mal cerrados.

Cuando avanzó, lo hizo en silencio, un silencio absoluto, moviéndose igual que una sombra fantasmal en medio de las tinieblas de la muerte.

Y era la muerte quién avanzaba entonces, porque, como por ensalmo, Johnny había olvidado el lugar en que se hallaba y vivía las mismas sensaciones que en sus salvajes operaciones tras las líneas enemigas en Vietnam.

Así llegó al muro y se pegó a él, conteniendo el aliento y concentrando todos sus sentidos en escuchar. No oyó nada y se deslizó hasta la esquina. El aire le trajo el aroma suave del tabaco y de nuevo se inmovilizó.

Alguien estaba fumando un cigarrillo muy cerca, alguien demasiado confiado, ignorando que la muerte alentaba en la oscuridad.

Johnny dobló las rodillas poco a poco, agazapándose. Se tendió en el suelo tan despacio que tardó casi un minuto en estar pegado a la tierra. Entonces asomó un ojo y miró.

La brasa del cigarrillo le delató la posición del hombre. No le separaban de él ni siquiera cinco pasos.

Volvió a ventear el aire y a escuchar por si había alguien más en las proximidades. Luego, se levantó con las mismas precauciones y, siempre con la espalda pegada al muro, dio vuelta a la esquina.

Se inmovilizó para flexionar las rodillas lo justo para tomar impulso. Sus manos estaban lacias, inertes, cerca del cuerpo. Sabía lo que tenía que hacer y cómo hacerlo, aunque hubiera estado más tranquilo de poder disponer de un buen cuchillo.

Cuando saltó lo hizo igual que si se distendiera en el aire, como una gran sombra que de pronto empezara a volar.

Pero eso era una sensación engañosa, porque en realidad salió disparado como una bala de cañón para caer sobre el desprevenido vigilante, derribándole al suelo con el impacto de su propio cuerpo.

Su mano izquierda cayó sobre la boca del enemigo, al mismo tiempo que la derecha subía y bajaba como un rayo, rígida y dura.

El borde encallecido por el salvaje karate de la mano pegó contra el costado del pistolero. Éste se dobló y un sordo estertor brotó de su boca amordazada. Johnny se apartó unas pulgadas y repitió el golpe, sólo que esta vez el filo de su mano pegó lo mismo que un hacha en la nuca del hombre y el efecto fue el mismo que si le hubiese decapitado.

El rufián relajó todos los músculos y quedó inerte. Johnny lo depositó suavemente en el suelo y le registró. Encontró un revólver de cañón corto, del que se apoderó.

Enderezándose, se aproximó a la puerta, comprobando que estaba solo entornada. Se coló dentro y volvió a cerrar.

Oyó un murmullo de voces procedentes de una habitación iluminada. Recordó la disposición interior de la casa y luego avanzó con el mismo sigilo que un soplo de aire.

Una voz estaba diciendo:

—... pero seguimos igual, y ella dijo que llamaría todos los días.

—¿Y qué piensas hacer? —inquirió otro.

—Estoy seguro que algo le ha ocurrido a Celeste, y las instrucciones son claras. Esa fulana de arriba debe desaparecer.

—Es una pena...

—¿Qué dices? —exclamó el primero.

Hubo una risotada.

—Que no pienso hacerla desaparecer hasta haberme convencido de que realmente es tan hermosa como parece. Tengo algunas ideas respecto a ella.

—Muy bien. Esperaremos hasta una hora después de las once. Si para entonces no ha llamado, adelante.

Johnny aspiró hondo. Había llegado justo a tiempo.

Calculó que había tres hombres en la estancia. Apenas pudo contener la ira y la cólera que le invadió al escuchar los sucios planes de aquellos criminales, planes cuyo objetivo era Sheila...

Empuñó el revólver que le había arrebatado al guardián y con él en la mano empujó la puerta, terminando de abrirla, y se plantó en el umbral.

—Está bien, héroes. Quiero ver las manos sobre las cabezotas ahora mismo.

Los tres dieron un brinco, pero la vista del revólver les obligó a recapacitar a tiempo y quedaron muy quietos.

—¿No me oyeron? Las manos sobre la cabeza —repitió Johnny.

Uno de ellos gruñó:

—¿Dónde está Celeste?

—Yo diría que en los eternos cazaderos...

Levantaron las manos despacio. Uno de ellos tenía una muñeca firmemente vendada, y Johnny le reconoció. Ya había tenido otro tropiezo con él.

—Muy bien. Ahora que alguien me diga en qué habitación de arriba tienen a Sheila.

—La segunda puerta de la derecha, en el pasillo...

—Perfecto. Pero no puedo dejar aquí a tres bellezas como vosotros sin que creéis muchas complicaciones. Me pregunto qué puede hacerse con tres bastardos asesinos...

De súbito, una voz ronca dijo a sus espaldas:

—¡Matarlos!

Johnny pegó un salto de costado y un hombre apareció en el umbral.

O lo que alguna vez fuera un hombre.

A pesar de haber visto todos los horrores del infierno en sus años de guerra, Johnny sintió un helado escalofrío al contemplar aquella piltrafa.

Sus ropas estaban hechas jirones, rígidas de sangre seca. Sus manos apenas conservaban forma porque carecían de uñas, y el rostro era un amasijo tumefacto que infundía espanto.

El horrible individuo avanzó tambaleándose, gimiendo ahora, con sus ojos de loco queriendo saltarle de las órbitas.

—¡Matarlos! —repitió, en medio de un estertor—. Pero lentamente... como estaban haciendo conmigo... ellos y esa sucia perra...

Johnny se recobró con un esfuerzo y estalló:

—¡Quieto ahí!

El hombre no pareció haberle oído. Por su acento, comprendió de quién se trataba.

—¡Vauvil! —exclamó.

Eso le detuvo. Ladeó el rostro. Uno de sus ojos era una masa negra. El otro apenas podía ver a través de un párpado monstruosamente hinchado.

—Sí... Vauvil... soy yo... ¿Qué...?

—Apártese.

Sacudió la cabeza y reanudó su lento avance.

—No... escapé... son míos... míos para...

Johnny maldijo entre dientes, pero comprendió que ya no había remedio.

El desgraciado se había colocado en su línea de tiro y era inútil razonar con él.

Dio un brinco en el instante que uno de los pistoleros bajaba las manos velozmente. Otro empezó a hacerlo también, mientras el tercero se agachaba rápidamente.

Disparó instintivamente. El de la muñeca rota pareció toser y cayó de rodillas.

Otro consiguió sacar una pistola, y entonces se encontró con que el torturado y enloquecido Vauvil se le echaba encima como si quisiera abrazarlo.

Disparó dos veces casi simultáneas y el francés fue empujado hacia atrás. Se desplomó sin un suspiro, pero las balas de Johnny pasaron por encima de su cuerpo cuando estaba cayendo y el asesino las recibió en mitad del pecho.

Fue el tercero el que estuvo a punto de vencer. Una bala desgarró el hombro de la chaqueta de Johnny en el instante en que éste se dejaba caer de rodillas. Otra se incrustó en la pared a la altura de donde una décima de segundo antes estaba su cabeza.

Ésa fue la última bala que le buscó. Disparó rabiosamente, enfurecido como en las peores noches de la jungla, y los proyectiles zarandearon al asesino como si fuera un pobre muñeco de paja, obligándole a girar sobre los pies y desplomarse luego de bruces sobre la mesa.

Después, poco a poco, el cuerpo fue deslizándose al suelo, donde quedó hecho un ovillo.

Johnny arrojó el vacío revólver, pero luego recapacitó y volvió a

recogerlo. Limpió sus huellas con el pañuelo y hasta que se sintió plenamente satisfecho no lo dejó caer junto a las manos inertes y destrozadas del francés.

Echó a correr escaleras arriba, deteniéndose ante la segunda puerta que le habían indicado.

—¡Sheila!

—¡Johnny! —respondió la voz de la muchacha.

—¡Apártate de la puerta!

Tomó impulso y se lanzó contra la madera. Hubo un tremendo chasquido y Johnny entró en la habitación dando tumbos y cayendo finalmente junto a la cama.

Sacudió la cabeza y trató de levantarse. Unos brazos desnudos se enroscaron en torno a su cuello y los sollozos de la muchacha le devolvieron las fuerzas y las ansias de vivir.

—Ya pasó, nena —murmuró, levantándose.

La abrazó estrechamente contra su pecho. Ella levantó el rostro inundado de lágrimas y sus labios brillaron un instante, el instante que él tardó en apresarlos bajo los suyos casi con desesperación.

—¿Estás bien? —murmuró, después.

—Sí... ahora sí...

—Vamos, hemos de salir de aquí cuanto antes.

—¿Crees que puedo ir a alguna parte así?

Sólo entonces advirtió que ella llevaba sólo un leve camisón que seguramente debió pertenecer a Celeste. Sheila explicó:

—Fue la única ropa que me dejó para que no pensara en escapar...

—Está bien; encontraremos algo en alguna parte.

Buscaron en las otras habitaciones hasta localizar la de Celeste. Allí Sheila pudo vestirse rápidamente y de nuevo estuvieron juntos.

—¿Qué pasó? —preguntó cuando llegaron abajo—. Oí todos esos disparos...

—Hubo un poco de mido —gruñó Johnny—. Estaban empeñados en no dejarme llegar hasta ti.

—¿Y...?

—O ellos o yo.

Abrió la puerta y salieron a la noche. Sheila casi tropezó con el cuerpo del vigilante desnucado y no pudo evitar un chillido de espanto.

—Tranquilízate. Éste era el vigilante; sólo que un centinela nunca debe descuidarse como él lo hizo.

La llevó casi en volandas camino abajo, hasta la carretera, donde dejara el coche oculto.

—Llévame a casa, Johnny —susurró la muchacha—. Ha sido todo tan espantoso...

—Ahora ya no tienes nada que temer. Excepto a mí, naturalmente.

—Tú jamás podrás asustarme, amor mío.

El pensó que era mejor que pensara así, sin preocuparse de nada más que de amarle.

Condujo el coche carretera adelante, aspirando el aroma de la noche y gozando con la adorable proximidad de la muchacha que era todo su mundo.

Y ella preguntó, de repente:

—¿Qué ha sido de aquella bruja, Johnny?

—¿Bruja? —rió él—. Se llamaba Celeste... Está muerta.

Sheila dio un respingo.

—¿Tú...? —preguntó, con voz ahogada.

—No, la mató otro tipo que tampoco sentía ninguna simpatía por ella. Pero yo la hubiera matado si con ello te hubiese podido liberar a ti.

Estremecióse la muchacha, se acurrucó junto a su cuerpo recio y duro y cerró los ojos.

—A casa —musitó—. Tú y yo...

Johnny sonrió a la oscura noche.

Juntos al fin, y de vuelta a casa.

Ahora, definitivamente, las pesadillas habían terminado.

FIN

en

25.000 PALABRAS

CONOZCA EN 25.000 PALABRAS LOS MAS IMPORTANTES TEMAS QUE APASIONAN AL HOMBRE DE HOY.

- 1.- LOS GRANDES MITOS de P. Hernández
- 2.- EL CUERPO HUMANO de A. Sanz
- 3.- LAS CRUZADAS de H. Laming
- 4.- EL MAR de T. Martín
- 5.- LAS RELIGIONES de R. Coppel
- 6.- LA TELEPATIA de L. Sureda
- 7.- LAS HEREJIAS de M. Bonilla
- 8.- LA ENERGIA NUCLEAR de G. Gallien
- 9.- LA ESCLAVITUD de M. Senin
- 10.- LAS DOCTRINAS FILOSOFICAS de R. Gautier
- 11.- LA PENA DE MUERTE de J. Mas
- 12.- LA VIDA DE JESUCRISTO de C. Alcalde

Precio
10 PTAS.



EDITORIAL BRUGUERA S.A.

Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

Impreso en España
Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

